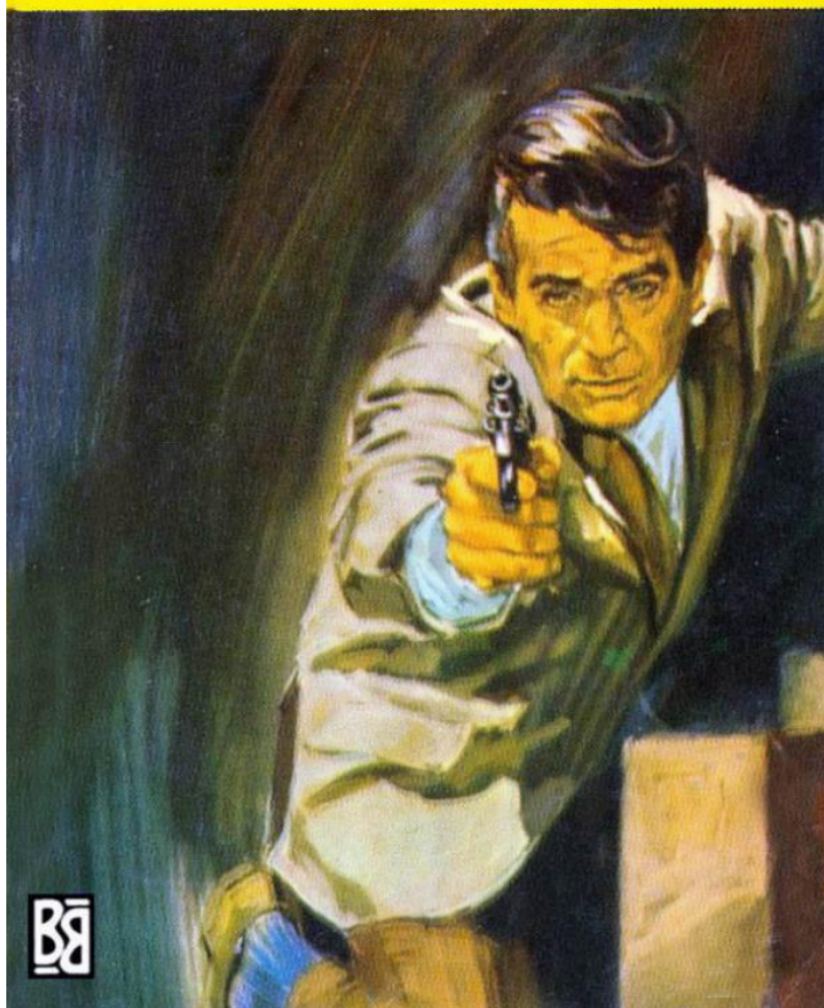


PUNTO  
ROJO

# la venganza espera

alex colins



B&B



COLECCION

# PUNTO ROJO

PUNTO  
ROJO







ALEX COLINS

## LA VENGANZA ESPERA

Colección PUNTO ROJO n.º 262

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO





*Depósito Legal B 9585-1967*

*Printed in Spain - Impreso en España*

*1.ª edición: mayo 1967*

© ALEX COLINS - 1967

*sobre la parte literaria*

© JORGE SAMPER - 1967

*sobre la cubierta*

Concedidos derechos exclusivos a favor  
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.  
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.  
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1967

---





Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia





ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR  
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección PUNTO ROJO:  
260. — Sinistra cadena.
- En Colección CALIFORNIA:  
536. — Donde la ley no existe.
- En Colección BRAVO OESTE:  
313. — Ruta sin destino.
- En Colección ARCHIVO SECRETO:  
150. — Ese hombre tiene que morir.
- En Colección COLORADO:  
495. — Llegó un rural.
- En Colección PUNTO ROJO:  
256. — Nido de hampones.



## CAPÍTULO PRIMERO

Dan Burns, sentado en su pequeño «Ford», consultó su reloj de pulsera.

Eran las nueve menos diez minutos de la mañana. A esa hora, Richard Carpen debía estar ya esperándolo en su moderno chalet, en la carretera de la costa de California que une Monterrey con Santa Cruz.

Dan acababa de cumplir veintiocho años y llevaba cuatro como corresponsal del «San Francisco Herald», especializado en sucesos. En ese período de tiempo, había estado en contacto con la muerte en sus más diversas facetas. Crímenes, atracos, accidentes... Eso le había permitido ver un submundo peculiar, un ángulo muy interesante, desde el que podía observarse crudamente la vida.

Dan era alto, de cuerpo erguido y musculoso. Frente amplia, ojos grises, contemplativos; sonrisa de niño grande y mentón prominente.

Al doblar un pronunciado recodo, tuvo ante sí los setos y los árboles que flanqueaban la carretera y que la ocultaban la vivienda de Richard Carpen.

Carpen era un antiguo miembro del F.B.I., un agente federal de los tiempos heroicos del «gangsterismo». Carpen había adquirido fama y alcanzado el grado de inspector durante los años de lucha espectacular de la ley contra el imperio del crimen, allá por los treinta. Uno de los más brillantes miembros incorruptibles del F.B.I., que habíase retirado diez años atrás del servicio activo.

Durante los últimos meses, el F.B.I., había requerido la cooperación de su antiguo miembro para llevar a cabo ciertas investigaciones acerca de las actividades de Lorne Dayvil, el hampón más preeminente de la costa del Pacífico. El conocía bien aquella parte del país, y su veteranía, su experiencia, lo hacían el hombre más apto para esa misión. Pero el hombre parecía haber

fracasado.

Al periodista se le envaró el cuerpo al percibir una sorda explosión. El sonido le llegó seco, amortiguado, como si hubiese tenido lugar dentro de un sitio cerrado.

Vio surgir una nubecilla de humo negro del lugar aproximado donde se erigía la vivienda de Carpen.

Dan oprimió a fondo el acelerador y no tardó en rebasar los setos que le cortaban la visibilidad, a escasa distancia del claro donde se hallaba el edificio, de una sola planta, unas yardas apartado de la cinta asfaltada.

A su izquierda, dejando un pequeño hueco entre pared y pared, se hallaba el garaje. Éste tenía la puerta abierta y Dan pudo ver el coche del antiguo agente federal, de cuyo motor brotaba un surtidor de ondulantes llamas.

El periodista detuvo el «Ford» paralelo a la entrada principal de la vivienda, empuñó el extintor que portaba en su propio coche y desmontó.

En ese momento se abrió la puerta y apareció en el porche una mujer de edad madura, baja y muy gruesa, con un largo vestido negro y un delantal de plástico. En sus facciones, gruesas y rojizas, se reflejaba la alarma.

—¿Qué pasó? —balbució con voz entrecortada—. La casa entera ha retemblado. Parecía un terremoto.

—Espere un momento —dijo él, corriendo hacia el cercano garaje.

El calor era insoportable en el pequeño espacio cerrado, donde el espeso humo dificultaba la respiración.

El periodista oprimió el botón del extintor, dirigiendo el chorro pulverizado sobre las llamas. Éstas se apagaron enseguida.

Dean continuó rociando el motor y la parte delantera de la carrocería, hasta cerciorarse de que no existía el menor peligro de que el fuego pudiera volver a reproducirse.

Salió entonces afuera junto a la mujer, para esperar a que se disipase el humo que invadía el garaje.

—¿Trabaja usted para el señor Carpen? —inquirió.

—Sí. Vengo todas las mañanas. Limpio la casa y le preparo una cena fría. El señor Carpen almuerza en Monterrey. Mi servicio termina después del mediodía.

—Bien; su patrón ha tenido un accidente.

—Sí. Me asusté mucho cuando oí la explosión. No me atreví entonces a salir de la casa. Y al oírle llegar a usted... ¿Cree que el señor Carpen...?

—Me temo que sí.

Dan se adentró en el garaje, seguido de cerca por la gruesa matrona.

La parte delantera del coche era un amasijo de hierros retorcidos. El capó había caído a un lado, desgajado de sus pernos. El parabrisas y los restantes cristales de las ventanillas habían desaparecido, fragmentados por la onda expansiva.

El cuerpo de Richard Carpen se hallaba en el asiento delantero, horriblemente mutilado y cubierto de quemaduras.

Dan comprendió lo que había ocurrido. No hacía falta ser un lince para saber la verdad. Alguien había colocado un artefacto explosivo en el motor, conectado al encendido del mismo. Un viejo sistema empleado por los «gangsters» para deshacerse de sus rivales. Daba buen, resultado, y no dejaba huella alguna. Allí estaba la prueba en aquel cuerpo de miembros retorcidos, destrozado por la explosión.

Se volvió, al captar el gemido de la sirvienta.

La mujer miraba con ojos desorbitados el ensangrentado cadáver. El color había huido de sus mejillas.

—Creo que voy a desmayarme —suspiró.

Se desmayó cuando el periodista apenas había tenido tiempo de tomarla por los sobacos para evitarle el porrazo contra el suelo.

Fue inútil. El peso resultó excesivo, y Dan sólo pudo evitarle el golpe a medias, viéndose casi arrastrado al suelo a su vez.

Recobró el equilibrio y decidió llevar a la mujer hasta la casa para evitarle la visión de la tragedia cuando despertase.

No pudo hacerlo. Aquello no era lo mismo que tomar entre sus brazos a una frágil muchacha al estilo de los galanes de cine y llevarla con la misma facilidad que a una paja.

—Aquí quisiera ver yo al tan cacareado Hércules intentando levantar esta mole —rezongó—. Seguro que quedaba muy mal parado. Hace falta una grúa para moverla.

Estuvo tentado de volcarle sobre la cabeza el agua del cubo del que Carpen había llenado el radiador.

Tampoco lo hizo. Era una dama, al fin y al cabo, aunque a él le recordarse más a uno de los grandes cetáceos marinos.

Dan le puso un pañuelo empapado en agua sobre la frente, y se dedicó a registrar el coche. En realidad, no se explicaba por qué Carpen había pensado abandonar la casa cuando tenía concertada con él una cita para esa hora.

Las ropas de Carpen habían quedado convertidas en unos harapos ennegrecidos. Y no llevaba nada en los bolsillos que pudiera sacarle de dudas acerca de lo que le había conducido allí.

Consiguió sacar, con un esfuerzo, el portafolios que asomaba bajo el cuerpo del antiguo agente federal. Seguidamente, limpió con un puñado de algodón la sangre que lo ensuciaba, y venció la resistencia de la sencilla cerradura.

Tampoco allí había nada de lo que esperaba encontrar. Sólo contenía papeles sin importancia.

La mujer empezó a dar señales de vida, y. Dan la ayudó a incorporarse. Luego la ayudó a llegar hasta la casa, dejándola sobre el diván del *hall*, sollozando mansamente.

El periodista efectuó un minucioso registro del despacho, franqueándose todos los cajones con sus llaves maestras. Pero aquello también resultó infructuoso.

Si era cierto que Richard Carpen había descubierto algo interesante y reunido pruebas contra un determinado miembro del hampa, cuyo nombre no había querido revelar, debía mantenerlo muy oculto.

Descubrió la caja fuerte empotrada en la pared, bajo un cuadro.

Le hubiese gustado abrirla. Quizá se encontraba allí lo que buscaba. Más no vio por parte alguna el apunte que sirviese para conocer la combinación de la caja, y sus resortes eran complicados. Números y letras.

Dan tenía cierta experiencia en cajas, y se dio cuenta de que llevaría tiempo abrirla. Un tiempo del que no disponía en ese instante. No podía hacerlo, estando presente la sirvienta. Eso le crearía serios problemas. Clark Honey, el director del «San Francisco Herald», dispondría lo que se habría de hacer en aquel caso. Al fin y al cabo, el asunto le concernía a él.

Salió al *hall*, donde la mujer parecía haberse recobrado bastante.

—¿Es usted policía? —murmuró.

—No; periodista. Carpen me había citado para las nueve de hoy. Dijo que tenía que tratar un asunto de mucho interés para mi periódico.

—Comprendo.

—¿Lleva mucho tiempo al servicio de Carpen? —preguntó Dan.

—Diez años. Desde que él se retiró del servicio y abandonó San Francisco para instalarse aquí.

—Usted debía conocerlo bien, entonces. ¿Sabe si tenía algún enemigo? Alguien a quién Carpen temiese o que tuviera la seguridad de ser odiado por él.

La mujer lo miró con atención, cortando en seco sus sollozos.

—El patrón nunca me hablaba de esas cosas —respondió—. Es natural, puesto que yo sólo soy una sirvienta. Apenas si nos veíamos media hora por las mañanas. Yo me iba antes que él estuviese de regreso.

—Entiendo.

—Pero no sé por qué me pregunta eso. ¿No se trata de un accidente?

—En absoluto —replicó Dan—. Es un atentado. Carpen ha sido asesinado.

A la mujer se le desorbitaron los ojos.

—Pero eso es horrible.

—Sí; es horrible, pero cierto. Alguien colocó un artefacto en el motor de su auto. El mismo provocó la explosión, al conectar el encendido.

La mujer asintió con lentos movimientos.

Dan se dio perfecta cuenta de lo que pasaba por su ánimo. Aquella situación la horrorizaba. La muerte violenta de Carpen, además, suponía la pérdida de un buen empleo. Más, al mismo tiempo, la mujer se regodeaba al pensar que la tragedia iba a convertirla en el centro de atracción de todo el mundo. Estaba hablando con un reportero, y el periódico airearía su nombre a los cuatro vientos. Las comadres del barrio iban a disputarse su compañía, y ella tendría cuerda para rato con la versión del suceso.

—Ahora que recuerdo... —dijo en tono enigmático.

—¿Qué? Cualquier dato puede ser muy interesante para el *sheriff* y para un buen artículo.

—Anteayer llamó alguien por teléfono —agregó ella—. Un

hombre.

—¿Quién era?

—No lo sé. Preguntó por el señor Carpen, y le dije que se había marchado ya a Monterrey. Entonces lo sentí reír por lo bajo. Luego agregó: «No queda mucho tiempo, y no voy a perderlo para localizarlo en la ciudad. Dígame usted que la hora de la venganza ha llegado para él». Luego, colgó al acabar de decir esto.

Dan meditó en las palabras de la mujer.

La muerte de Carpen parecía obedecer a una venganza. Las revelaciones de la sirvienta lo indicaban así. Carpen había enviado a la cárcel a un buen número de hampones de relieve, durante sus años de agente federal. Quizá alguno había decidido vengarse de él. En favor de esa teoría estaba el mismo detalle de su muerte. Un viejo sistema empleado por los «gangsters», en particular por los miembros de la Mafia.

Pero había algo también en contra de esa hipótesis. La mayor parte de los criminales juran vengarse contra las personas que han llevado a efecto su perdición. Pero los años de prisión invitan a la meditación, enfrían el furor concebido en un momento de excitación nerviosa.

Era muy probable que la muerte de Carpen obedeciese a otras causas. Por ejemplo, sus últimas maniobras acerca de los hampones de la costa Sur del Pacífico, entre los que descollaba Lorne Dayvil.

—¿Sabe usted si se dirigía a un sitio especial? —inquirió.

—Sí. El señor Lorne Dayvil lo esperaba.

La frente de Dan se pobló de diminutas arrugas.

Se preguntó qué tendría que tratar Carpen con Lorne Dayvil. Y también si éste no habría provocado aquella cita para obligarle a posponer su conversación con el periodista, y hacerle entrar en su auto para conducirlo a la muerte. Allí había algo muy sucio, algo siniestro y despiadado.

El periodista llamó por teléfono al *sheriff* Gable para explicarle lo ocurrido.

El *sheriff* no era lo que se dice un sagaz investigador, pero sí un perro de presa, con un alto concepto del deber.

Dan recomendó a la sirvienta contara al detalle todo cuanto le había narrado a él.

Aquella misma mañana, tras los trámites rutinarios del *sheriff*,

se puso al habla con Clark Honey, el director del periódico.

Captó la profunda contrariedad de Honey al enterarse del asesinato inesperado del exagente federal.

Dan le hizo un sucinto relato de los hechos.

—¿Ha comunicado al *sheriff* la proposición de Carpen de vendernos una información sensacional que podía hundir a cierto hampón relevante de California?

—En absoluto, jefe.

—Bien hecho. Nadie debe saber nada de esto, ¿comprende?

—Ésa es mi opinión, y el motivo de que lo haya silenciado.

—¿Algún indicio que pueda servir para descubrir al asesino?

—Yo diría que no van a encontrarlo —respondió Dean—. El artefacto ha destruido todas las huellas que pudieran haber quedado en el coche.

—Bien. Manténgase en contacto con el *sheriff*. La muerte de Carpen puede encerrar un gran interés para los lectores.

—Claro.

—Absténgase de mencionar a Lorne Dayvil en sus artículos.

—Desde luego. No hay nada contra él por el momento. Sin embargo, pudiera ser que ese hampón no sea ajeno a lo ocurrido. Tengo mi hipótesis de los hechos, jefe.

—¿Cuál es?

—Estoy seguro de que el hampón contra el que Carpen había acumulado pruebas era Dayvil. El difunto no lo nombró, pero lo indicó así al revelar que se trataba del hampón más preeminente de California y también el hecho de que estuviese citado con él esta mañana. En mi opinión trataba de ponerse de acuerdo con ese hombre para vender su secreto al mejor postor.

—No parece razonable. Él nos lo propuso a nosotros voluntariamente.

—Quizá para obligar a Dayvil a ceder a sus pretensiones.

—Para eso bastaba la amenaza de la policía —adujo Honey.

—No, jefe. La policía agradece, pero no paga las informaciones. Usted lo hubiese recompensado mucho más.

—Puede tratarse de otro hampón.

—Puede que sea así, pero ni usted ni yo lo creemos.

—En ese caso, Carpen debía llevar encima las pruebas en el momento de su muerte.

—No llevaba nada encima —replicó Dan—. Lo registré. A él, al portafolios que llevaba y, también su despacho. Y eso es natural, jefe. Carpen conocía bien a los hampones como Dayvil. De haberse presentado con la mercancía a una entrevista con él, y en privado, jamás hubiese regresado vivo a su casa. Carpen lo debe tener oculto en alguna parte. Lo más seguro, en su caja fuerte del despacho. Verá, Honey; quizá yo pueda abrirla. No me sería muy difícil entrar esta noche y...

—Olvídelo, Dan —le atajó el director en tono imperioso—. Se lo prohíbo. No quiero problemas con la policía. Esa caja se abrirá alguna vez. Permanezca al corriente de cuándo se hace eso. Entonces puede enterarse de las cosas sin meterse en mayores complicaciones.

—De acuerdo, jefe —replicó, molesto por el tono empleado por el director del periódico.

Dan colgó el teléfono seguidamente.

Recaían muchas sospechas acerca de las actividades de Lorne Dayvil. Se le creía dueño de una sala clandestina de juegos prohibidos, que nunca había sido posible descubrir. También que se dedicaba a la trata de blancas, cosa que tampoco se le había podido probar jamás. Quizá Carpen había logrado averiguar sus actividades al margen de la ley, y ésa era la causa de su muerte.

Dan volvió a hablar con el *sheriff*, pero éste no pudo aportar nada nuevo a lo que ya conocía.

El periodista se encaminó a la Spain Avenue, una de las mejores y más céntricas avenidas de Monterrey.

La ciudad de la costa del Pacífico está llena de recuerdos de las pasadas dominaciones española y mexicana. Casas de estilo colonial hispano, iglesias de grises paredes, estrechas calles empedradas y rejas en las ventanas de casitas encaladas y amplio patio central, que han resistido el paso del tiempo.

El juez Garden ocupaba un sencillo apartamento en la octava planta del edificio señalado con el número 112 - D de la avenida. Se trataba de un viejo amigo del federal asesinado.

Leopold Garden había actuado de juez federal cuando Carpen lo hacía de policía. La mayor parte de los hampones cuyas carreras criminales fueron cortadas por la eficiente actuación del inspector del F.B.I., acabaron ante el Tribunal presidido por Garden. Y éste

había sido también un incorruptible, un juez de mano dura. Ahora los dos habían pasado también muchas veladas juntos, jugando y recordando viejos tiempos.

Garden había dejado atrás los setenta años. Tenía un cráneo alargado, deforme, completamente calvo. Su cuerpo, en otros tiempos alto y erguido, se curvaba ahora con el peso de los años, teniendo que valerse de un bastón para caminar. Vivía solo, como Carpen, y recibió al joven en un despacho de amplios ventanales...

Dan le reveló su profesión.

—Le supongo enterado de lo ocurrido a su buen amigo Carpen —pronunció.

—Por supuesto. Esa clase de noticias circulan siempre muy aprisa.

—Desde luego. Los periódicos no aportarán ninguna novedad al público de Monterrey. La muerte de Carpen está ya en todas las bocas. Trabajo para el «San Francisco Herald» y me interesa conocer algo más acerca del pasado de Carpen. Por eso he pensado en usted. Tengo entendido que eran grandes amigos.

—Sí. Su muerte supone una gran pérdida para mí. Los dos vivíamos muy solos. Luchamos juntos contra el crimen en el pasado, nos retiramos juntos del servicio activo, y juntos hemos pasado los mejores ratos de nuestra vejez. Será imposible encontrar ya otro compañero que lo sustituya en mi afecto. Hace tiempo que los años me han hecho perder la capacidad de impresionarme, pero...

Era sincero. Por fuerza. A sus años y con sus achaques, que habían amargado su carácter, era imposible que encontrase un compañero tan entrañable como el que se le había ido para siempre.

—Confidencialmente, juez; el F.B.I., pidió su colaboración a Carpen para una misión estricta.

—Es cierto; él mismo me lo dijo. No tenía secretos para mí. Pero fracasó. Carpen sentíase ya viejo y cansado.

También era sincero el juez al decir esto. Y si verdaderamente había descubierto algo, era natural que Carpen no le confesase cierta clase de secretos.

—Carpen debía tener muchos enemigos —apuntó Dan—. Alguna vez le habrá hablado de ellos.

Garden hizo un gesto ambiguo con la diestra.

—Claro que Carpen ha tenido muchos enemigos. Los mismos

enemigos que he tenido yo. Pero todos ellos son perros ladrones. Cuando un policía de la categoría de Carpen se retira, los delincuentes se limitan a soltar un suspiro de satisfacción. No pasan de ahí. Ninguno de ellos es capaz de llevar su rencor hasta el punto de matar a sangre fría a un anciano para vengar un viejo agravio.

—Sin embargo, alguien llamó anteayer a su casa para decirle que la hora de la venganza había llegado ya para él.

—Es cierto —sonrió el juez—. Carpen me lo dijo. Otro perro ladrador. Yo he recibido docenas de anónimos y llamadas telefónicas amenazándome de muerte, si me atrevía a condenar a tal o cual delincuente. Y también después de haberme retirado. Pero jamás pasó ninguno de ahí. Es humo de pajas, créame.

—¿No cree, entonces, que esa llamada puede encerrar una relación muy estrecha con su muerte?

—Pudiera ser, pero no lo creo así —respondió el juez—. Voy a serle sincero. Yo también he recibido una llamada semejante. Era una voz ronca, de hombre. «La hora de la venganza ha llegado para usted, juez Carden». Fue eso lo que dijo, colgando seguidamente. Le juro que es algo a lo que no hemos dado la menor importancia. Carpen y yo hablamos ayer tarde de eso. Nos reímos los dos mucho a costa de esa llamada.

—Y no obstante, Carpen ha sido asesinado. Un sistema expeditivo, el que han empleado para aniquilarlo.

—Por supuesto. Pero la experiencia enseña muchas cosas, amigo mío. El criminal es peligroso para los hombres de la ley mientras permanece en las sombras y ve que alguien puede descubrirlo. Entonces no vacila en matar, obsesionado con la idea de que ese nuevo crimen puede salvarlo de caer en poder de la justicia. Y ésa es mi hipótesis acerca del asunto.

—Entiendo —murmuró el periodista.

—Carpen llevó a cabo las investigaciones solicitadas por el F.B.I. —agregó el juez Carden—. No llegó muy lejos con ellas. Eso fue lo que él dijo, al menos. Pero acaso sin que él mismo se diese cuenta, ahondó mucho en el asunto y alguien consideró que sabía demasiado.

Dan no insistió. Comprendió que no podría sacar nada más en limpio de aquel hombre. Y su idea era buena, aunque a él le obsesionaba más la idea de una venganza por viejos resabios. Por la

llamada y por el sistema empleado para llevarlo a cabo.

Se puso en pie.

—Bien, juez Garden; no voy a hacerle perder más tiempo. Sus declaraciones me parecen muy interesantes, pero yo solicitaría protección del *sheriff* en su lugar.

—En absoluto —rechazó el anciano con enérgico ademán—. Es una idea absurda.

—Siento decirle que no la comparto con usted.

Dan bajó a la calle en uno de los veloces ascensores. Luego subió a su «Ford» y arrancó despacio, camino de su apartamento.

Una idea le obsesionaba ahora. Presentarse en el chalet de Carpen y tratar de abrir su caja fuerte. No importaba que Clark Honey se subiese después por las paredes. Si el éxito le acompaña, el viejo zorro se relamería el hocico ante la serie de artículos en exclusiva que iba a conseguir. Y si fracasaba... Bien; toda profesión tiene un riesgo, y todo negocio, sus quiebras.

Captó de pronto un ruido mate, escalofriante, cuando aún se hallaba relativamente cerca del edificio. El ruido inconfundible de una masa de carne, huesos y músculos estrellándose en la acera.

A continuación, gritos, voces excitadas, carreras...

Orilló el coche y caminó a buen paso por la acera en dirección a la entrada del edificio señalado con el número 112 - D, frente al cual crecía cada vez más un círculo de curiosos.

Dan se abrió paso a codazos, hasta poder ver el cuerpo tendido en la acera en una postura inverosímil.

Era el juez Garden. La caída desde la octava planta había reducido a fragmentos su alargado cráneo. La sangre había salpicado el zócalo de la fachada de grandes puntos rojos, entre los que descollaban pequeñas manchas amarillentas de la masa encefálica. Ahora estaba seguro de que el asesino estaba al acecho, y sólo su presencia en el apartamento había contribuido a que el juez viviese unos minutos más.

Dan se alejó cuando llegó la policía. El asunto competía a la policía, no a él. Pero hablaría más tarde con el *sheriff*, cuando hubiese preparado las cosas para su nocturna incursión a la casa de Richard Carpen.

El periodista regresó a su apartamento, en uno de los barrios más cercanos a la playa. Un piso pequeño, modesto, pero muy

independiente.

Volvió a hablar con Clark Honey, al que la muerte del juez Garden no impresionó como la de Carpen. Una muerte más, que no parecía encerrar para él otro valor que el puramente intrínseco de una noticia para el periódico. Y anunció al joven su próxima llegada a Monterrey.

Después, Dan abandonó el apartamento, portando en sus bolsillos algunos útiles que hubiesen hecho las delicias de un profesional del robo.

Rodó por las calles de Monterrey, hasta un viejo edificio de piedras grises, que databa de la colonización española. En su amplio tapiado rodeaba el edificio, donde había sido construido en su parte posterior un pabellón, también de piedra gris, habilitado como depósito de cadáveres.

Dan se dirigió rectamente a él. Estaba seguro de encontrar allí al *sheriff*.

No se equivocó. Gable estaba allí, acompañado de uno de sus agentes uniformados.

Gable era bajo y achaparrado. Había rebasado el medio siglo de existencia, pero poseía un vigor poco común. Una lástima que sus dotes deductivas no acompañasen a su fortaleza física y su tenacidad.

El depósito era pequeño, de lisas paredes, sucias de polvo y con una espesa capa de telarañas en su parte superior, que rezumaban humedad; una humedad fría que parecía calar hasta los huesos. Presentaba la incomodidad y el descuido, propios de los sitios donde se tiene la certeza de que el inquilino jamás emitirá queja alguna.

Una bombilla pequeña que colgaba del techo iluminaba malamente la sombría estancia, arrojando sobre una de las paredes laterales extrañas sombras.

Al fondo se alineaban cuatro camillas altas. En las dos centrales se dibujaban los bultos de dos cadáveres bajo las sábanas que los cubrían.

Dan se acercó a ellos, procurando pisar sin hacer el menor ruido. Le parecía una profanación producirlo en un lugar como aquél, donde debía respetarse el silencio de la muerte.

Se situó junto al *sheriff*, diciendo:

—Los viejos compañeros están juntos de nuevo.

—Sí —rezongó Gable—. Parece que era ése su sino. Trabajaron por la misma causa cada uno en su puesto, se retiraron a la vez, continuaron alternando juntos, y han venido a reunirse también después de su muerte en este infecto cuchitril.

—¿Qué opina de la muerte de Garden, *sheriff*?

—El diablo debe saber lo que ha ocurrido —barbotó Gable—. Alguien insinuó la posibilidad de un suicidio por la pérdida del amigo. No lo creo. Garden era un hombre bien equilibrado. Nadie se suicida por la muerte de un compañero. Y sus achaques no eran tan graves como para cortarlos mediante una acción tan drástica.

—Desde luego —respondió Dan—. Hablé con el juez unos momentos antes de su muerte. Estaba apesadumbrado, pero nada más. Sus achaques, como usted dijo, no eran tan graves como para impulsarlo al suicidio. Ni tan débiles como para que se pusiera a hacer pinitos en el alféizar de la ventana. El juez ha sido asesinado. Lo arrojaron por la ventana, probablemente después de golpearlo en la cabeza. De otro modo, hubiese gritado al caer. Es algo inevitable. Descubra al asesino de Richard Carpen, y habrá encontrado también al hombre que ha matado al juez Garden. ¿Recuerda lo que le dijo la sirvienta de Carpen, acerca de una llamada anunciando que había llegado la hora de la venganza?

—Sí.

—El juez Garden recibió otra en los mismos términos.

El *sheriff* lo miró con redoblada atención.

—¿Qué sabe de eso? —indagó.

Dan se lo explicó. La revelación del juez y su exceso de confianza.

—Muy interesante, amigo —comentó el *sheriff* cuando hubo acabado.

Dan salió seguidamente, conduciendo el «Ford» con lentitud hasta enfilar la carretera de la costa.

Las playas son escasas en esa zona de cierta altitud, donde el litoral resulta montañoso, abundando las costas abruptas. Pero los aficionados a los deportes náuticos encuentran buenos sitios en las pequeñas ensenadas y caletas, diseminadas entre los acantilados, para practicarlos.

El periodista olvidó momentáneamente al juez Garden para

meditar acerca de su próxima operación.

Si todo iba bien, y sus sospechas no eran infundadas, aquella misma noche podría empezar a hacer tambalearse en sus cimientos el imperio de Lorne Dayvil. Y aquélla era su máxima aspiración. Porque si había algo hacia lo que Dan Burns sintiese verdadero odio, era el mundo del hampa, con su secuela de crímenes, vicio y corrupción.

## CAPÍTULO II

Dan aparcó el coche detrás de los setos y los árboles que delimitaban la carretera al otro lado de la casa. Apagó los faros y se encaminó a la vivienda.

La luna brillaba en un cielo limpio de nubes, envolviendo al solitario edificio un halo fantasmal. Su silueta se recortaba en el espacio, ofreciendo un siniestro aspecto en medio de la soledad y el silencio que la envolvían, a pesar de las líneas sencillas y elegantes de su arquitectura.

O quizá era una aprensión suya. La muerte había hecho acto de presencia allí, y era difícil desterrar ese pensamiento.

Dan se detuvo en el porche.

Sólo el croar de algunas ranas y el canto de los insectos turbaban el profundo silencio del paraje.

El tercer intento con su juego de llaves maestras, le dio el resultado apetecido.

Hizo girar lentamente los resortes, abriendo luego con suavidad.

La puerta se deslizó hacia adentro, girando sobre librillos bien engrasados.

Dan pasó al interior, tras una última ojeada para cerciorarse de que nadie le observaba, y cerró a sus espaldas.

Atrancó las contraventanas, pero utilizó su potente foco, prescindiendo de la luz eléctrica de la casa para orientarse.

Pasó directamente al despacho, calándose unos guantes muy finos antes de encender el flexible instalado sobre la mesa, colocándolo de forma que su luz diese de lleno en la puerta de la caja.

A continuación pegó el oído a ella, y manipuló los mandos con tacto, confiando en poder captar el sonido peculiar, casi inaudible, de los resortes al ir encajando en sus sitios respectivos.

Una hora después, no había conseguido descifrar más que un

número. Le faltaban otros cuatro y dos letras para completar la combinación.

Aquélla era una labor más ardua de lo que había imaginado en un principio. El sudor corría a raudales por su frente, y decidió descansar un rato para dominar la excitación de sus nervios. Era mucho lo que esperaba obtener de aquello, y merecía la pena intentarlo.

Se dejó caer en un sillón, secándose el sudor.

De pronto, permaneció en suspenso, rígidos todos los músculos de su cuerpo al captar el ruido de un motor acercándose a la casa.

Aquello podía ser un detalle sin importancia, en realidad. La carretera de la costa era muy frecuentada.

Pero él tenía una corazonada, y hacía más caso de ellas que de la lógica.

El coche se detuvo a unas cuantas yardas de la casa, donde se iniciaba el camino que conducía a una playa que contaba con moteles y otros servicios.

Oyó el ruido de las portezuelas al ser abiertas y cerradas de golpe, poco después. Luego le llegó de nuevo el gemido del motor al maniobrar para enfilar el camino de regreso a la ciudad.

Se había equivocado. Debía tratarse de algún turista con ganas de caminar hasta la playa.

Se puso en pie cuando el ruido del vehículo se perdió en la distancia, y se acercó nuevamente a la caja.

Antes que empezase a manipular en los mandos percibió un leve roce de pasos sobre la grava que rodeaba la vivienda. Pasos de dos personas, por lo menos. Y se acercaban a la casa. Eso era algo que no ofrecía lugar a dudas.

Se preguntó si se trataría de otro intruso como él, o de la policía.

Descartó esta última idea. Los policías no hubiesen prescindido del coche. Y también era difícil imaginarse que se tratara de vulgares ladrones dispuestos a aprovechar las circunstancias. Carpen no poseía una fortuna, y sus objetos de adorno eran de escaso valor.

Dan tomó una súbita decisión. Intuía que iba a obtener resultados muy interesantes de su incursión nocturna, si obraba con cautela. Por una razón u otra, los que llegaban debían buscar algo en la caja de Carpen. Quizá lo mismo que él, aunque por otro

motivo.

Colocó el cuadro en su sitio, apagó el flexible y se ocultó tras las gruesas cortinas de terciopelo que cubrían el amplio ventanal del despacho.

Enseguida brilló en el vano el círculo luminoso de un foco, recorriendo todos los ámbitos del despacho.

Los dos intrusos avanzaron después hasta la mesa de escritorio, encendiendo la luz del flexible.

Al periodista se le frunció el entrecejo a la vista de los dos personajes que tenía ante sí.

Un sujeto de mediana edad, cargado de hombros, de rostro sonrosado y ojos vivaces, que giraban en todas direcciones con aprensión.

Su acompañante era una mujer joven y bonita; una pelirroja sensacional. La ajustada blusa y la falda tubo que vestía realzaban de una manera admirable la perfección de sus curvas. Su nariz, ligeramente respingona; sus grandes ojos, sus pómulos salientes y sus rojos labios, carnosos y tentadores, poseían un atractivo irresistible.

El hombre retiró el cuadro. Luego, a la vista de la caja de acero empotrada en la pared, su rostro se animó en una mueca de íntima satisfacción.

Se encontraba en su elemento. Dan, que atisbaba entre las cortinas, comprendió que aquel hombre sentía ante una caja fuerte lo mismo que él ante un suceso que entrañaba un artículo sensacional.

—¿Qué te parece, Roger? —inquirió ella con una voz bien timbrada, de agradables inflexiones.

—Conozco esta clase de cajas —respondió el llamado Roger con una sonrisa—. Son un juguete en mis manos.

—¿Cuánto calculas que te costará abrirla?

—Si estás quietecita y no me haces perder el tiempo una hora será suficiente.

—Manos a la obra, entonces. No creo que nadie venga a interrumpirnos.

Roger sacó un estetoscopio, que pegó a la puerta. Luego sus enguantados dedos acariciaron los mandos con el mimo con que un jovencito acaricia la mano de la muchacha que ha despertado en él

su primer amor ilusionado.

Dan decidió dejarlo hacer. Aquel tipo con cara de provinciano recién llegado a la ciudad había asegurado poder hacer en una hora lo que a él le hubiese costado más de medio día. Era un experto. Lo revelaban así sus gestos. Su expresión no contaba en eso para nada. Era una forma de ahorrarse trabajo. Después trataría de sorprenderlos y arrancarles el motivo que los inducía a franquear la caja del difunto Carpen.

Volvió a recrearse en la contemplación de la mujer.

Era bonita; muy bonita. Lástima que una muchacha como ella trabajase, a lo mejor, con un tipo como Lorne Dayvil. Porque si sus sospechas se confirmaban, sólo el hampón podía estar interesado en lo que debía ocultarse en aquella caja. Eso quería decir que la joven rozaba de la máxima confianza de Dayvil. Lo malo de éste era que ensuciaba todo cuanto tocaba con sus manos.

La joven empezó a pasear de un lado al otro del despacho, con visible impaciencia.

El periodista la siguió en todo momento con la mirada, olvidándose de Roger, que se las entendía con la caja.

Tres cuartos de hora después, ella se acercó a su acompañante, vencida ya por la incertidumbre.

—¿Cómo va eso, Roger? —inquirió con voz estrangulada.

—Muy bien, Virgie —respondió, mirándola de soslayo—. Tengo todos los números encajados ya. Sólo faltan las dos letras. Con un poco de suerte, habré terminado antes aún de lo que calculaba.

—Vamos, Roger; date prisa. Ahora temo que alguien pueda llegar a sorprendernos.

—No te inquietes. Es difícil que ocurra eso. La policía no vigila la casa estrechamente. Esfuérzate por contener tus nervios o acabarán estallando. Te aconsejé que permanecieses en el apartamento. Era lo mejor. Yo sé lo que siente un novato en estos casos.

Roger volvió a la caja y la joven a pasear.

Dan tendió el oído.

Estaba seguro de haber percibido un leve roce, come un ludir, en otra parte de la casa.

Volvió a captar el sonido, poco después. Y se dio cuenta que la pareja no había reparado en nada de eso.

De pronto, aparecieron dos hombres en el vano de la entrada al despacho. Dos hombres de aspecto achulado, de miradas endurecidas y gestos de escéptico cinismo. Dos hampones que empuñaban sendas pistolas rectamente apuntadas a los ocupantes de la estancia.

—¡Quietos, muchachos! —barbotó uno de ellos, oscilando la mano que empuñaba el arma—. No hagan ninguna tontería. Es un buen consejo. Estos cacharros se disparan solos, a veces.

Virgie pareció haber quedado convertida de súbito en estatua de piedra. Miró a los recién llegados con recóndito temor, intensamente pálido su rostro.

Roger se limitó a soltar un denuesto. No le asustaba la situación, pero su contrariedad era inmensa. Más aún que si hubiesen sido sorprendidos por la policía.

Los dos hampones avanzaron hacia el centro del despacho.

—De forma que Roger Morris trabaja ahora por cuenta de la hija del profesor Adolph Holliman —pronunció con sorna el que había hablado antes—. ¿Te has enamorado de ella, Roger?

—No digas estupideces, Berti —masculló el ladrón—. Estuve casado una vez. Preferí ir a la guerra de Corea antes que permanecer más tiempo junto a ella. Murió muy pronto. El diablo debía estar deseando tenerla ya a su lado. No me han quedado ganas de volver a probar la suerte.

Dan Burns, desde su escondite, escuchó con atención el diálogo de los hombres.

De forma que Virgie era hija de Adolph Holliman, el científico desaparecido, del que se sospechaba había vendido varios secretos importantes a otras potencias extranjeras. Algo que no había podido probarse. En realidad, las sospechas habían nacido a raíz de su misteriosa desaparición. Pero quizá el profesor había sido secuestrado.

Se preguntó qué esperaba encontrar la hija de Holliman en la caja del difunto Carpen.

El hampón llamado Bertie se aproximó más a la joven, mirándola de pies a cabeza. Una mirada de lascivia.

—No está mal del todo —susurró, acariciando la mejilla de la joven.

Pero ésta le rechazó el brazo con enérgico ademán.

—Arisca, ¿eh? Es la clase de mujeres que me gustan a mí. Empiezan a asquearme esas otras que se venden a peso, como las papas.

Se volvió a Roger para decirle:

—¿Cómo va ese trabajo?

—Despacio. Es posible que pueda terminarlo en tres o cuatro horas.

—¿Tres o cuatro horas? —masculló el hampón—. Ése es el tiempo que me habría costado a mí. Vamos, muchacho; nos conocemos bien. En un par de horas eres capaz de abrir la cámara acorazada del Tesoro. Tienes media hora para abrir esa caja. De lo contrario, emplearemos ciertos métodos para estimular tu capacidad de acción.

Roger maldijo por lo bajo.

Aquel truco no servía. Y conocía de sobra los métodos que Bertie emplearía para estimularlo.

—¿Qué haréis con nosotros, cuando esto haya quedado listo? —inquirió.

Se amplió la sonrisa de cinismo del hampón.

—Abre esa caja y no hagas más preguntas. Eso lo decidirá el jefe. Vamos a llevaros a su presencia. Creo que le gustará tener una charla con vosotros.

Roger volvió a manipular en los mandos.

En sus facciones se reflejaba ahora una honda preocupación. Él sabía lo que el jefe de Bertie decidiría. Virgie lamentaría haber nacido. Y él sería encontrado alguna vez en el mar, con un lastre de plomo en el cuerpo.

Un cuarto de hora más tarde, daba por finalizada su labor.

Dan vio la satisfacción en los rostros de los dos hampones.

Cuando Bertie avanzó hacia la caja para inspeccionar su interior, el periodista consideró que había llegado su hora de intervenir. Había ido allí dispuesto a examinar el contenido de aquella caja, y no iba a permitir que fuese a parar a poder de otro, sin haber luchado antes por impedirlo. Además, la presencia de todas aquellas personas tan interesadas en hacerse con los secretos de Carpen era desconcertante, y debía ser aclarada.

Empuñó la pistola que portaba en la funda axilar, y asomó de súbito entre las cortinas.

—Un momento, caballeros —pronunció en tono gélido—. Yo también llevo cartas en este juego.

Vio la misma expresión en todos los rostros, idéntico desconcierto. Su presencia producía idéntico estupor en los cuatro ocupantes del despacho. Pero sus reacciones fueron distintas.

El hampón que acompañaba a Bertie empuñó una jarra instalada a sus espaldas, sin que Dan pudiera apercebirse de su maniobra.

La arrojó de repente contra el periodista, al tiempo que se desplazaba a un lado y oprimía el gatillo de su pistola.

Dan, rápido de reflejos, reaccionó a su vez.

Se lanzó de costado al suelo a gran velocidad, eludiendo el adminículo. Y el balazo fragmentó uno de los cristales del ventanal que ocultaban las cortinas.

Dan disparó a su vez, a la par que Bertie apagaba el flexible, sumiendo el despacho en la más densa oscuridad.

El joven cambió de posición y volvió a oprimir el gatillo de su arma. Disparó hacia la caja para impedir que los hampones pudieran apoderarse de su contenido durante la confusión.

A continuación, rodó sobre sí mismo, hasta situarse junto a la gran mesa de escritorio.

Desde allí efectuó un nuevo disparo al azar, en dirección contraria a la que percibía el embriagador perfume que emanaba de Virgie.

Brillaron dos fogonazos cerca del vano de la puerta en respuesta a su disparo.

Roger Morris, situado cerca de la joven, aulló como un perro abandonado, al acusar el impacto del plomo.

Dan se acercó a los dos. Ignoraba qué buscaban allí y cuáles eran, sus planes al respecto, pero en ese momento el verdadero peligro provenía de los hampones.

—Escuchen —dijo en tono sibilante—. Creo que los tres estamos interesados en alcanzar un mismo fin, y debemos unir nuestras fuerzas, al menos por el momento.

—Desde luego —replicó Virgie con voz entrecortada.

—Bien. Hay una puerta cerca de la caja. Ya han debido verla. Está abierta. Salgan por ella. Procuren arrastrarse sin hacer el menor ruido. Voy a tomar todo lo que hay en la caja y a seguirles. Suerte, amigos.

No discutieron sus órdenes. No había opción para ellos.

Roger cesó de gemir y se arrastró junto a la muchacha de forma que su cuerpo cubriese el de Virgie contra los posibles balazos de los hampones.

Dan volvió a disparar desde un ángulo de la mesa.

Después se situó en el centro de la misma, irguiéndose con cautela.

Restallaron las armas de los hampones, arrancando las balas astillas de la mesa en el mismo lugar donde Dan había disparado contra ellos.

El periodista palpó el interior de la caja.

Ésta tenía poco fondo, y sólo encontró un sobre grande, no muy abultado, y una llave en uno de los compartimientos. El otro estaba vacío.

Guardó ambas cosas en un bolsillo y se dispuso a deslizarse hacia la puerta por la que ya habían pasado sus inesperados compañeros.

Disparó una vez más.

Y esta vez los hampones respondieron desde distintas posiciones, cada vez más cerca de la mesa.

Ambos habíanse lanzado a una acción decisiva, tratando de envolverlo.

Alcanzó la puerta sin novedad, encaminándose con sigilo hacia la ventana que Roger acababa de abrir.

El ladrón fue el primero en saltar afuera. Después, Dan ayudó a la joven a hacerlo. Y le produjo cierta turbación el contacto del cuerpo femenino contra el suyo.

Al pasarla al otro lado, la estrecha falda subió hasta alturas peligrosas, mostrando unas piernas deliciosas. Una visión que a Dan le hubiese gustado que se prolongase mucho más tiempo.

Saltó a su vez, y los tres caminaron a paso de lobo hacia la parte posterior de la vivienda.

Roger renqueaba ostensiblemente, y el periodista le ayudó, dejando que se apoyase en sus hombros.

Alcanzaron una parte de los setos bastante alejados de la casa, sin haber sido descubiertos.

Dan se asomó entre los setos y divisó el vehículo de los hampones a escasas yardas de distancia. También el hombre que

permanecía junto a él, mirando con redoblada atención la casa. Mantenía el motor en marcha, pero había percibido los disparos y no las tenía todas consigo.

—Escucha —dijo el joven—. No tienen coche, ¿verdad?

—No —respondió Virgie—. Hemos venido en un taxi. Pensamos que todo sería demasiado fácil y decidimos pasar la noche en uno de los moteles de esa playa para alejar sospechas, una vezuviésemos en nuestro poder lo que buscamos.

—Bien. Mi coche está al otro lado de la carretera. Voy a intentar sacudirle a ese hampón. Tan pronto empiece la danza, corran al otro lado. Ésta es la llave.

—Quizá podamos pasar desapercibidos más arriba —apuntó Roger.

—Tenemos que evitar la persecución. Además, no creo que tarden en descubrir nuestra fuga. Entonces, las cosas empeorarán para nosotros. Yo les seguiré en este coche. Lo abandonaremos a la entrada de la ciudad. De esa forma, nos los sacudiremos de encima.

—Bien pensado —confesó Roger.

Dan se deslizó al otro lado de los setos, hasta situarse junto al coche de negra carrocería de los hampones.

En ese momento percibieron el ruido de la puerta de la vivienda del difunto Carpen, al ser abierta con brusquedad. Luego les llegaron las voces excitadas de los hampones:

—Se han escapado, Josy.

El hombre que permanecía junto al auto prorrumpió en denuestos. Seguidamente, abrió la portezuela posterior del vehículo, disponiéndose a empuñar una ametralladora.

Dan saltó ágilmente los setos, tirando hacia atrás del sorprendido hampón. Luego le aplicó un puñetazo en el estómago, haciéndole doblarse en dos, con un bufido.

A continuación enlazó ambas manos en el aire, dejándolas caer con todas sus fuerzas sobre la nuca del pistolero, que se desplomó como un toro apuntillado.

El «Ford» del periodista emergió de pronto entre los setos, aplastándolos, para enfilarse la carretera a buena velocidad, conducido por Virgie.

Los hampones se apercibieron de lo que estaba ocurriendo cuando ya Dan saltaba al interior del negro vehículo.

Los balazos repiquetearon en la carrocería mientras arrancaba, corriendo tras su propio coche.

Dan dejó escapar una fuerte carcajada de alivio al doblar el primer recodo que lo ocultaba a los ojos de los hampones.

Ahora éstos tendrían que apresurarse a despertar a su compañero y huir corriendo a campo traviesa. Porque los disparos provocarían la alarma, y no tardaría en presentarse algún patrullero de la policía.

### CAPÍTULO III

Virgie orilló el coche a un centenar de yardas de la entrada de la ciudad, siendo imitado por Dan. Después, el joven se apeó, arrojó lejos la llave de ignición y pasó a su propio vehículo, ocupando el asiento posterior, junto al gimiente Roger.

Dan rasgó el pantalón del otro a la altura del muslo, examinando la herida.

Se trataba de un rasguño sin importancia. La bala había rozado la carne, produciendo un surco sanguinolento.

—No es nada, amigo; apenas un rasguño —comentó—. Aguanta un poco. Estás portándote como una damisela histérica, Roger.

—Sé que no es nada grave —babeó el ladrón de cajas—. Pero esta herida me impedirá correr en unos días, me condena a la inactividad. Y no estoy sobrado de dinero.

—Quizá podamos arreglar eso.

—¿Eres de la policía? —inquirió Roger, de pronto.

Dan vio la misma aprensión en los dos rostros.

—No —replicó, sonriendo—. No me estaba refiriendo a que vayas a pasar unas vacaciones con la pensión completa por cuenta del Estado. Creo que los tres podremos entendernos bien. Me gusta ser comprensivo.

—¿No has oído hablar nunca de Roger Morris? —susurró el hombre.

—No; hasta esta misma noche.

—Es terrible —terció Virgie—. Los amigos le llaman el «Abrelatas». Es capaz de dar al traste, en un momento, con la garantía de todos los fabricantes de cajas fuertes. Aparte de esa cualidad, Roger puede quitarte la camisa que llevas puesta sin tocarte la chaqueta. Pero alguna vez alguien se da cuenta, y hay que correr de firme. ¿Comprendes ahora por qué teme a esa herida?

Dan entendió. Y sintió deseos de reír.

Aquel Roger Morris era un sujeto poco recomendable, a pesar de su sempiterna expresión bobalicona. Si se descuidaba con él, era capaz de dejarlo en paños menores en plena calle. Pero Virgie lo decía en tono de reproche.

—De acuerdo —agregó Dan—. Creo que lo mejor es llevarlo a su casa. Es conveniente curar esa herida y llegar a un acuerdo.

Virgie condujo el coche hasta un edificio de sórdido aspecto en la Emigrant Street, en los suburbios del norte de la ciudad.

Entre ambos le ayudaron a llegar hasta su apartamento, en la segunda planta del edificio.

El aposento constaba de un dormitorio, *hall*, cocina y un pequeño lavabo.

Lo tendieron sobre el destartado lecho, y el periodista tomó un pequeño botiquín del lavabo, procediendo a desinfectar la herida, aplicarle una pomada y vendarla a continuación.

—¿Sabes, muchacho? —murmuró Roger—. Eres un buen compañero. Y eso es algo muy difícil de encontrar en estos tiempos.

—En todos los tiempos ha sido muy difícil encontrar un buen compañero, Roger —sonrió el periodista, cubriéndolo con la raída manta.

—Es posible que tengas razón. Pero como yo sólo he conocido éstos, me atengo a lo que veo en ellos. Vete a saber, por ejemplo, lo que ocurría en tiempos de Napoleón.

Virgie apoyó la mano en el brazo del periodista para inquirir:

—¿Qué encontraste en la caja?

—Un sobre y una llave. No había nada más. Están aquí.

En el sobre había escrito un nombre con elegante caligrafía: Guy Greene.

Dan sacó lo que contenía en su interior. Un fajo de billetes pequeños, que sumaban en total cien dólares.

Torció el gesto. Y vio también el desencanto en el rostro de Virgie. En cambio, se animó el semblante de Roger a la vista del dinero.

—¿No se habrá quedado algo allí? —musitó ella con un hilo de voz.

—En absoluto. Esto es todo cuanto contenía la caja. No cabe el menor lugar a dudas.

—Pero...

—¿Qué esperabas encontrar, Virgie? —inquirió.

—Algo —respondió evasivamente.

—¿Algo relacionado con Lorne Dayvil? —Disparó.

—Nada de eso —terció Roger, incorporándose sobre los codos—.

No tenemos nada que ver con esa rata asquerosa. Usted mismo nos ha visto amenazados por dos hampones de Dayvil.

Dan miró al hombre con interés.

—¿Quieres decir que esos dos hombres que os sorprendieron en la casa de Carpen pertenecen a la plantilla de Dayvil?

—Claro. Pensé que ya los conocías. Son Bertie Hoffman y Martin Claudew. Los dos hombres de confianza de Lorne. ¿No has oído la historia de la serpiente de cascabel que tropezó con los hombres y se envenenó? Pues esos hombres debían ser ellos. Y me pregunto qué diablos buscará un hampón de altos vuelos como Lorne, en esa caja.

—Yo lo sé ahora, Roger.

—Un momento —agregó Morris—. Todo eso me lo explicarás otro día. Mañana, por ejemplo. ¿Cómo te llamas, compañero?

—Dan Burns.

—Pues escucha, Dan. Me siento demasiado cansado ahora, y está condenada herida duele lo suyo. Habla con Virgie, llega a un acuerdo con ella. Al fin y al cabo, yo actuó por su cuenta. Ella me contrató para abrir esa caja. Tengo confianza en ti, y sé que no vas a defraudarla.

—Seguro, compañero.

—Virgie esperaba encontrar en esa caja algo que la atañe de una manera muy personal. Ignoro de qué se trata, pero sé que tiene una gran importancia para ella. Cuando hayáis llegado a un acuerdo, yo os ayudaré hasta el fin. No puedo negarle nada a Virgie. Mientras, dejadme descansar.

Dan asintió con un gesto. Luego dejó sobre la mesilla los cien dólares del sobre, destruyendo éste.

—Eso es tuyo, compadre. Te lo has ganado a pulso.

Tomó del brazo a Virgie, y la condujo abajo.

—¿Adónde vamos, Virgie? —preguntó.

—A mi apartamento. Oregón Street,

46-B.

—De acuerdo.

El pisito era sencillo, casi tan reducido como el de Roger Morris, pero infinitamente más limpio y confortable.

La joven le invitó a sentarse, y le ofreció *whisky*.

—Ahora creo que debemos poner las cartas sobre el tapete, Dan —dijo.

—Claro. Es por lo que he venido aquí. En cierto modo, estamos metidos de lleno en el mismo asunto.

—¿Quién eres, en realidad, Dan? —inquirió ella seguidamente —. No eres lo que se dice un vulgar ladrón, al estilo de Roger.

—No, por supuesto. Soy periodista.

Virgie se inmovilizó como si acabase de recibir un mazazo en la cabeza.

—Periodista —musitó—. Oye, Dan; no me gustaría ver mi nombre en los periódicos, mezclado en este asunto.

—Desde luego —la tranquilizó él—. No voy a publicar un artículo narrando mi experiencia de esta noche. Sería terrible también para mí. Y no te mezclaría, de todas formas.

Ella se tranquilizó. Era fácil darse cuenta de que Dan era sincero.

—Roger dijo que era difícil encontrar un compañero como tú. Tiene razón.

—Eso es todo un cumplido en tus labios, Virgie.

—¿Quieres que sigamos juntos esta aventura, Dan?

—Me agradaría, por supuesto. Roger puede ser muy útil. Y me gusta tu compañía.

—Conforme —sonrió ella—. ¿Qué buscabas en la caja de Carpen?

Dan no tuvo inconveniente en revelarle el ofrecimiento del muerto, su seguridad de que se trataba de Dayvil, confirmada ahora con la presencia de los hampones en la casa, dispuestos a desvalijar la caja, y el doble juego de Carpen respecto al hampón y al periódico. Algo que implicaba una traición a los principios del hombre como antiguo agente del F.B.I.

No le importó sincerarse con la muchacha, a pesar de las protestas en contra aducidas por Clark Honey, el director del periódico.

—Es cierto eso —apuntó Virgie—. Carpen fue un brillante policía federal en sus tiempos. Tuvo una fulgurante carrera. Luego se apagó su brillo, se convirtió en un ser sucio, ruin y miserable. Es

curioso cómo la codicia hace cambiar a los hombres. Porque él era un hombre de principios.

—Otros, en cambio, abandonan el légamo en que se han hundido para seguir el buen camino. Todos los días nacen y mueren gentes en todos los países. ¿Qué sabes acerca de Dayvil?

—Nada.

—¿Y de Carpen?

—Bastantes cosas. Carpen es un chantajista. No, de ahora, como tú sospechas. Es seguro que logró reunir las pruebas suficientes para hundir a ese Dayvil. También que negoció con el periódico y con el hampón, dispuesto a vender su mercancía al mejor postor. Era su modo de actuar.

—De todas formas, la muerte le ha sorprendido antes de llegar a un acuerdo con ninguno de los dos —objetó Dan—. Eso significa que las pruebas continúan aún en su poder, en un lugar sólo conocido por él. Lo evidencia así el hecho de que sus hampones fuesen a la casa, dispuestos a registrar la caja fuerte. Era eso lo que esperaban encontrar en ella.

—Parece razonable —dijo Virgie—. ¿Crees que fue Dayvil quien asesinó a Carpen para apoderarse de todo, a cambio de nada?

—Es poco probable. Sería correr un albur. No podía estar seguro de que esas pruebas se encontrasen precisamente allí.

—¿Quién pudo matarlo, entonces?

—Tengo una hipótesis. Desconozco al asesino, pero lo considero ajeno a este asunto del chantaje. La muerte de Carpen ha complicado mucho las cosas.

—Entiendo. No me gusta el chantaje. Es algo repugnante. Una burla contra la dignidad de las personas.

—Sí —reconoció Dan—. Doblemente repugnante, en este caso. Me —se puede permitir que por una determinada cantidad de dinero pueda continuar viviendo en la impunidad un hombre como Dayvil.

Hizo una pausa, preguntando a continuación:

—¿Qué buscas tú, Virgie?

—Bueno. Carpen conserva algo en su poder que me atañe de una manera muy personal.

—¿Cómo sabes que es así?

—Porque él mismo me lo dijo. Era un vulgar y asqueroso

chantajista. Ya te lo he dicho. Durante sus años de policía en activo reunió una colección de fotografías y documentos, relacionados en su mayor parte con casos que no llegaron a trascender al público. Debíó empezar haciéndolo a título de curiosidad. Hasta que se dio cuenta de que aquello, bien trabajado, podía reportarle un buen beneficio. Muchas de esas personas ocupan en la actualidad cargos de responsabilidad.

—Comprendo —comentó Dan—. Pero Carpen se retiró del servicio activo hace unos diez años. Tú eras una niña entonces.

—Carpen continuó aumentando su colección. La amistad con policías y jueces le facilitaba esa labor. Así creció su lucrativo negocio, obteniendo fuertes sumas a cambio de su silencio. El acechaba la oportunidad y exigía una fuerte suma a cambio del objeto. Obtenía grandes ingresos de esa forma, y la persona afectada respiraba tranquila al saberse libre de la pesadilla. Sin duda, prefería hacerlo así, considerando inagotable su fuente informativa.

—Ya. Desconocía esa faceta del amigo Carpen. Pensé que le había asaltado simplemente la tentación de obtener unos dólares a cuenta de esas pruebas contra Dayvil, reunidas por encargo del F.B.I. Pero ahora veo que era una vieja costumbre en él. Sin embargo...

—¿Qué?

—En la caja sólo había esos cien dólares, y su cuenta corriente es muy reducida.

—Debe guardarlo en otra parte. Como los avaros de los cuentos. Te aseguro que sus ingresos han sido inmensos.

Dan volvió a servirse *whisky*, agregando:

—De forma que Carpen también tenía algo contra ti. ¿Qué es ello, Virgie?

—Se trata de algo que puede dar al traste con mi futuro. Y puede ayudarme a encontrar a mi padre y demostrar su inocencia en los cargos de traición que se le imputan veladamente.

—He oído algo de eso —dijo él—. ¿Tu caso va unido al de tu padre?

—No. La única relación entre ambos era Carpen.

—Vayamos, entonces, por partes. Empieza por lo tuyo. Acechó su oportunidad y saltó como un lobo hambriento, tan pronto ésta se

le presentó.

—Exacto —reconoció Virgie—. Cinco mil dólares a cambio de destruir cierta pieza de su museo.

—¿Estabas dispuesta a dárselos?

—Por supuesto. Pero su muerte ha estropeado mi negocio. Respiré tranquila al tener noticias de lo ocurrido. Luego, de pronto, me asaltó el temor de que todo esto fuera a parar a manos de otra persona tan desaprensiva como él, alguien que quisiera continuar el negocio, y acaso en peores condiciones.

—Desde luego. Entonces se te ocurrió la idea de requerir la ayuda de Roger y tratar de encontrarlo por tu cuenta y riesgo.

—Exacto, Dan. Y te juro que no pensaba tomar de allí más que lo que considero mío por derecho. Aunque quizá no hubiese resistido la tentación de destruir el resto.

—Hubiese sido una mala idea. Eso hubiera permitido a Lorne Dayvil respirar tranquilo.

—Sí; tienes razón.

—¿Qué te une a un hombre como Roger Morris? Ambos pertenecéis a dos mundos diferentes.

—Es cierto. Roger estuvo en Corea, con mi hermano Bill. Le salvó la vida a cambio de exponer la suya, y eso hizo nacer entre ellos una gran amistad. Luego estuvo en nuestra casa una larga temporada. Papá trabajaba entonces en varias armas secretas para el Departamento de Defensa, y apenas si aparecía por casa algún fin de semana. Papá ha sido siempre muy retraído, pendiente exclusivamente de sus ideas. Ya sabes cómo son los científicos.

—Desde luego. Continúa, Virgie.

—La policía descubrió las actividades de Roger, y le obligó a cambiar de pensión. Eso no enfrió la amistad. Roger no tiene a nadie en el mundo, y lo visitamos en la cárcel, le ayudamos con todas nuestras fuerzas, pagan la fianza para que fuese puesto en libertad. Siempre nos mostró un gran afecto. Se marchó para ahorrarnos la vergüenza de nuevas visitas de la policía. Y no volvimos a verlo más cuando mi hermano se casó y se largó a Europa. En el fondo, Roger es como un niño grande.

—Ahora dime, Virgie. ¿En qué consiste esa pieza de museo de la colección de Carpen, que te atañe?

—Bueno; he trabajado en oficinas. Unas compañeras me

invitaron a unas fiestas organizadas por niños mimados de familias ricas. Aquello no era lo que imaginé en un principio. *Whisky* y drogas. Incluso algunas acababan por arrojar por la ventana su dignidad de mujer. Me limité a beber poco y bailar, haciéndome el propósito de no volver nunca más. De pronto, irrumpió la policía. Estaban sobre aviso y acechaban la ocasión. Con ellos fue un reportero gráfico. El hombre obtuvo buenas fotografías de todo aquello. Después, la noticia no trascendió, no se produjo el escándalo. La mayor parte de los padres de esos muchachos eran personas respetables.

—Sí —ironizó Dan—. Ciudadanos que actúan siempre dentro del marco del orden y la justicia. Pero cuando se ven complicados en algo delictivo, no quieren ya justicia sino favores a cambio de su influencia.

—Eso mismo, Dan. El periodista archivó sus clichés y la policía y el juez, sus denuncias. Richard Carpen se hizo con esos clichés. Yo estoy en uno de ellos.

Dan se acarició el mentón, pensando en las palabras de la joven.

Era aquél un juego muy sucio. Resultaba difícil imaginarse a un hombre como Richard Carpen llevándolo a efecto.

Pero Virgie tenía razón. Es curioso cómo la codicia cambia a los hombres. Y también creyó comprender la clase de oportunidad que Carpen había acechado en la joven.

—Compromiso de matrimonio, ¿no, Virgie? —inquirió.

—Sí —respondió ella, mirándole de un modo extraño.

—¿Quién es él?

—Se llama Dick Coniff, y es de Carson City. Posee allí varios negocios. Una cadena de tiendas de alimentación, entre otras cosas. Carpen saltó de súbito, cuando apenas habíamos acabado de formalizar el compromiso.

—Ya. Amenazó con mostrar esa foto a tu prometido.

—Exacto, Dan. Un hombre de la posición social de Dick, se apresuraría a romper el compromiso.

—¿Enamorada? —preguntó, de súbito.

—He decidido casarme con él.

—Eso no dice nada. Sólo un pequeño tanto por cien de parejas van al matrimonio por puro y simple amor. La mayor parte lo hacen por conveniencia o por la simple rutina de imitar a los demás. Así

se deshacen tantos matrimonios.

—Bueno —musitó Virgie—. No voy a decirte que estoy loca por él. Es un hombre correcto, educado y un buen tipo. Me gusta.

—Supongo que sí. En particular, lo de la cadena de tiendas.

Virgie lo envolvió en una furibunda mirada.

—Equivocas el camino ahí, Dan.

—No te sulfures para decirlo —sonrió él—. Es posible que tengas razón, aunque también lo es que seas tú la que se equivoca. Si él está muy enamorado, has debido decirle la verdad. El propio Dick hubiese dado su merecido a Carpen.

Ella rió con cierta amargura.

—No hay un solo hombre que haga eso. Dick sólo hubiese visto lo peor, me habría vuelto la espalda.

—Los respetos humanos imponen esas cosas, pero el amor las vence. Yo lo hubiese hecho por una mujer como tú, Virgie.

La joven lo miró con inusitada fijeza durante largo rato, hasta convencerse de que el joven hablaba completamente en serio.

—Háblame de tu padre, Virgie. Hace más de un mes que desapareció, ¿no?

—Mas o menos.

—¿Cómo fue eso, y qué lo relaciona con Richard Carpen?

—En realidad, todo eso está un poco confuso, Dan —respondió ella—. Carpen estuvo un día hablando con papá. Fue aquélla la primera vez que lo vi en mi vida. Esto ocurrió una semana antes de su desaparición. Papá se mostró muy preocupado después de su entrevista con él. Luego desapareció de súbito. No dejó el menor indicio de su paradero. Agentes del F.B.I., se han encargado del caso. Parece ser que papá desapareció junto con los planos de una de las armas ultrasecretas del Departamento de Defensa. Y el F.B.I., se formó dos hipótesis del caso. Una; que papá había sido secuestrado junto con los planos. En ese caso puede estar muerto, oculto a la fuerza en un lugar de nuestro propio país o trasladado al extranjero. La segunda hipótesis es que papá ha podido traicionar a su patria, entregando voluntariamente esos planos y emigrando a otro país. Pero yo no puedo creer eso de él. El hubiese tratado de comunicarse conmigo de una forma u otra.

—¿No hablaste de eso con Carpen cuando te entrevistaste con él para lo tuyo?

—Sí.

—¿Y bien?

—Nada en concreto. Carpen aseguró que desconocía el paradero de mi padre y las razones que podían existir. Negó que le hubiese estado sometiendo a mi chantaje. Pero creo que no se podía confiar en él.

—Claro que no.

—Bien —adujo ella, al cabo de un rato de silencio—. ¿Qué me dices ahora de nuestra sociedad anónima recién fundada?

—Continúa en pie —replicó Dan—. Pero sólo tenemos esta llave como posible pista que pueda conducirnos al tesoro de Carpen. Partiremos de ella, sin descartar que puede ser una pista falsa. Lo más seguro es que se trate de la llave de un apartado de correos o la caja de alquiler de un Banco. Empezaremos por Monterrey. Si aquí no obtenemos el menor resultado, seguiremos en San Francisco. No hay que olvidar que Richard Carpen estuvo vinculado a esa ciudad durante sus años de servicio. Luego tenemos también un nombre. El que estaba escrito en ese sobre: Guy Greene.

—Un momento —exclamó ella, de pronto.

—¿Qué sucede, Virgie?

—Ahora recuerdo ese nombre. Richard Carpen me dijo que el dinero debía entregarlo a él en mano o podía enviarlo todo por correo. Si decidía esto último, debía hacerlo a nombre de Guy Greene.

—Ya. Debe ser un nombre supuesto suyo. Habrá que averiguarlo, de todas formas.

Dan se incorporó seguidamente.

—Debo irme ahora, Virgie.

Ella le acompañó hasta la puerta y el periodista se volvió ya con la mano en la manecilla.

—Os tendré al corriente de todo —dijo.

—No lo olvides, Dan —sonrió ella—. Esto es muy importante para mí.

El periodista le apoyó ambas manos en los brazos, mirándose en sus grandes y hermosos ojos.

—No debía ayudarte, Virgie.

—¿Por qué?

—Porque eres una mujercita deliciosa. No conozco aún a ese

Dick, pero te aseguro que no me gusta. Debía dejar que lo supiera todo. Así quedaría libre el camino.

Alzó la mano diestra, apoyándola con suavidad en los párpados de Virgie, que los cerró. Entonces se inclinó rápidamente sobre ella, besándola en los labios.

La joven no opuso resistencia, aunque tampoco devolvió la caricia. Sólo cuando las manos de Dan acariciaron golosas su espalda y se acentuó su presión, ella lo apartó con firmeza.

—El vértigo es emocionante, Dan —susurró sin enfado—. Atrae y se siente la tentación de lanzarse al vacío. Pero el golpe es terrible. Buenas noches, Dan.

## CAPÍTULO IV

El joven regresó a su apartamento. Y supo que tenía visita por el «Cadillac» último modelo aparcado junto a la entrada del edificio. Era el coche de Clark Honey, el director del periódico.

Lo encontró en el *hall*, bebiendo *whisky*.

—Hola, jefe.

—Hola, muchacho. Hace escasamente una hora que he llegado.

—¡Menos mal!

—No le gusta hacerme esperar, ¿eh, Dan?

—Es por el *whisky*. Al menos, así queda algo para mí.

—Se siente muy gracioso, ¿eh? —masculló Honey.

—Lo he dicho muy en serio. Y quiero añadir algo más. El hecho de ser director y dueño del periódico no le da derecho a entrar en mi apartamento como si fuese su propia casa y a beberse mi *whisky*. Cuesta caro, y usted es único para pedirle un aumento de sueldo.

Honey se atragantó.

Era alto, algo cargado de hombros. Había doblado el medio siglo de existencia, y se consideraba un conquistador irresistible. Vestía impecablemente, siempre con una flor blanca en el ojal de su solapa.

—Es usted un cretino, Dan Burns.

—Y usted, un avaro miserable.

—Si no fuese porque en el fondo es un buen periodista...

—Siento no poder decir lo mismo de usted, respecto a su cargo de director.

—¡Está bien! —estalló Honey—. Mienta como hago yo. Éste será el último vaso de *whisky* que bebo de lo suyo.

—¡Alabado sea Dios! La próxima vez que me invite al suyo será mi primer vaso por su cuenta.

—Dejemos eso —barbotó Honey después—. ¿Cómo va el asunto Carpen?

—Agárrese. Esta noche he abierto su caja fuerte.

Las facciones del director pasaron de la incredulidad al convencimiento, acabando por expresar el furor.

—Le dije que no hiciera eso.

—De acuerdo. He trabajado por mi cuenta y riesgo, y eso es todo. Los beneficios iban a ser para su maldito periódico, y los perjuicios, en cambio, para mí. De forma que no se queje.

—¿Ha encontrado algo...?

—Nada —respondió, ante la ansiedad del otro—. Carpen guarda sus cosas en otro lado. Pero he averiguado muchas cosas. Entre ellas, que Richard Carpen era un verdadero gusano, un asqueroso chantajista.

Le explicó todo lo sucedido, silenciando los nombres de Virgie y de Roger.

—Muy interesante —comentó Honey, al acabar—. ¿Quiénes son sus amigos?

—No le importan. No figurarán para nada en ningún artículo.

—De acuerdo. Deme esa llave. Empezaré por...

—Usted empezará por cerrar el pico —le atajó Dan—. No voy a entregársela.

—Pero...

—No hay pero ni niño muerto que valga. Soy yo quien lleva este asunto. No olvide eso.

—Creo que debería despedirle.

—Hágalo. Cualquier otro periódico compraría fácilmente, y con menos roñosería que usted, unas exclusivas sobre este asunto.

Honey volvió a atragantarse. Aquel reportero le sacaba de quicio.

—¿Cómo piensa actuar, Dan?

—Buscaré primero ese tesoro sucio de Carpen. Si lo encuentro, Lorne Dayvil bailará en la cuerda floja. Los federales obtendrán lo que Carpen no quiso entregarles. El resto será destruido. Es la mejor forma de desinfectar la basura.

—Obre como mejor le parezca, Dan —concedió al fin—. Pero recuerde que quiero algo sensacional. Está a punto de lograrlo.

—Conforme. El asunto de Dayvil y el del profesor Adolph

Holliman guardan relación por mediación de Richard Carpen. También puede proporcionamos un artículo sensacional. Ahora dígame; ¿conoce a un hombre llamado Guy Greene? Tiene que ser un Guy Greene que tenga o haya tenido alguna relación con Carpen.

—Por supuesto —respondió el director—. ¿Qué pasa con él?

—Explique usted primero lo que sepa.

—Guy Greene fue fiscal en San Francisco durante un largo período. El, Carpen y el juez Garden dieron una batalla decisiva contra el hampa de San Francisco, allá por los años treinta. Los hampones llegaron a apodar a Greene, el «Verdugo», porque varios de sus acusados fueron sentenciados a muerte. Sólo un hombre escapó a aquella redada de la ley.

—¿Quién fue?

—Un cerebro organizador del crimen. Siempre permaneció en las sombras y continuó así cuando su «gang» fue aniquilado. Nadie pudo saber de qué se trataba. Yo escribía entonces las crónicas que hoy corren a su cargo.

—Bien. ¿Dónde puedo ponerme en contacto con usted, si es necesario? —inquirió Dan.

—En el «Majestic».

—Era de suponer. El hotel más caro de la ciudad. Buenas noches, Honey.

Dan consultó su reloj de pulsera.

Era poco más de la medianoche. Quizá una buena hora para visitar a Guy Greene. Todo parecía indicar que el antiguo fiscal apoyaba el sucio juego de su viejo compañero. El hecho de que Carpen hubiese dicho a Virgie que podía enviar el dinero a nombre de Greene, implicaba que éste residía en Monterrey también. No podía descartarse la posibilidad de solucionar el enigma de la llave, con su apoyo.

Localizó su vivienda por la lista de teléfonos, y un cuarto de hora después pulsaba el zumbador. Una casa muy parecida a la de Carpen, pero en un barrio lujoso de Monterrey.

Abrió la puerta una mujer como de unos treinta años de edad.

—¿El señor Greene?

—No está.

El periodista reparó en el gesto profundamente preocupado de la mujer.

—¿Dónde puedo encontrarlo? Es urgente.

—No lo sé —respondió—. Es raro que no se encuentre en casa ya para estas horas. Siempre se retira muy temprano. Alguien llamó y...

Calló, envolviendo a Dan en una mirada de ansiedad.

—¿Policía?

—Periodista. Quiero hablar con su padre acerca de la muerte de Richard Carpen. Tengo entendido que se relacionaban bastante —mintió para sonsacar lo que le interesaba conocer.

—Eran grandes amigos.

—¿No dejó su padre el menor recado o insinuó al menos el lugar adonde pensaba dirigirse? —indagó.

—Sí. Pero sólo apuntó que tenía una cita con un viejo conocido en la carretera de Fresno. Hace más de cuatro horas que partió.

—¿Se ha puesto en contacto con el *sheriff*?

—Sí —respondió con un hilo de voz.

—Creo que iré a esa carretera. Quizá consiga localizarlo.

Dan recorrió Park Avenue y Milton Street en toda su longitud, hasta enfilear la carretera de Fresno.

Una vez en ella, no pisó a fondo el acelerador, escrutando con atención cada bulto sospechoso a ambos lados de la carretera.

Alcanzó un empalme, una bifurcación de caminos vecinales que conducían a pequeñas granjas y ranchos diseminados en la región.

A media milla del camino que se extendía a la derecha había un cobertizo de madera y junto a él un coche de gris carrocería y un patrullero. El *sheriff* se hallaba allí, acompañado por dos policías de uniforme.

Torció por el camino, conduciendo despacio, con precaución. Las lluvias y un tránsito bastante intenso habían convertido la superficie de tierra apisonada en una especie de mar embravecido, donde las ballestas gemían a cada nueva sacudida y la carrocería amenazaba desintegrarse.

Se detuvo junto a los otros vehículos y se apeó.

—Hola, *sheriff*.

—Otra vez el periodista —rezongó Gable—. Parece que olfatea la muerte como los buitres.

—No diga eso, *sheriff*. Usted no falta a ninguna cita con esa señora esquelética.

—Es mi deber.

—Y el mío.

—¿Cómo supo que había ocurrido esto?

—No estaba seguro de que hubiese ocurrido nada aún —replicó Dan—. Vengo de casa de Greene. Es el muerto, ¿no?

—Desde luego.

—Su hija me explicó sus temores.

—Comprendo. ¿Sabe una cosa, Dan? Greene recibió otra llamada como Carpen y Carden, anunciándole que había llegado la hora de la venganza.

Dan asintió con leves gestos. Había sospechado eso desde un principio. La hija de Greene había tenido ocasión de oírlo, y de ahí su alarma.

Se acercó a la ventanilla posterior y miró al hombre sentado en el asiento de detrás y apoyado contra el ángulo formado por el respaldo y la pared lateral. Vestía enteramente de negro y cubría su rostro un sombrero de fieltro, dando la impresión de estar dormido.

El *sheriff* retiró el sombrero para que Dan pudiera ver el siniestro orificio de su frente. La sangre había manado en abundancia, dando a su rostro arrugado un aspecto horripilante.

Volvió a cubrirlo, murmurando:

—Esto se complica, Dan. Este desgraciado se había vestido de luto por su propia muerte. La veteranía confiere un exceso de confianza, y ésta hace olvidar el peligro.

—Exacto, *sheriff*. Y ya son tres. Los tres han muerto de acuerdo con los métodos más corrientes usados por los antiguos «gangsters» para acabar con sus enemigos. Carpen, destrozado por una bomba conectada al encendido de su motor, el juez Carden, arrojado por una ventana, y Greene, con un balazo en la cabeza, en un viaje de ida sin vuelta.

—Sí.

Dan se alejó seguidamente, presentándose en el apartamento de Virgie.

Repitió la llamada por dos veces antes de percibir las suaves pisadas de la joven encaminarse a la puerta.

—¿Quién es?

—Dan Burns. Abre un momento.

Le franqueó la entrada.

—¿Alguna novedad, Dan?

La miró complacido. La joven había echado sobre sus hombros un salto de cama de un tejido vaporoso, abierto hasta la cintura. Así quedaba al descubierto una parte de su prenda de dormir de nylon que trasparentaba otra parte también muy importante de sus piernas.

—Sí que ocurre algo —dijo al fin—. Acaban de asesinar a Guy Greene.

Ella lo miró con estupor.

—¿Quién ha podido hacerlo?

—Es lo que me gustaría saber.

—¿Lorne Dayvil, acaso?

—No lo creo —apunto Dan—. Mi opinión es la de una venganza por viejos resabios. A los tres les avisó antes el asesino, y ninguno de ellos quiso solicitar protección. Los cementerios están llenos de personas excesivamente confiadas. Ese asesino se mantiene al margen de los chantajes del antiguo federal. Pero la verdad es que entre él y otros están convirtiendo Monterrey en una siniestra ciudad. Carpen, un chantajista repugnante; ahora Guy Greene, que tampoco es ajeno al asunto, y la desaparición de tu padre con el plano de una de nuestras armas ultrasecretas. Todo viene a converger en esta ciudad. Y sobre todo eso, la sombra de un asesino con menos escrúpulos que una serpiente de cascabel.

—¿Qué harás ahora, Dan?

—Lo que habíamos pensado respecto a esta llave. Y girar una visita al «Merry Club» de Dayvil.

—Te expones a un serio peligro, Dan. Dos de sus hombres te han visto en la casa de Carpen.

—No importa eso. Creo que es conveniente hacerlo. De todas formas, voy a darte un buen consejo. Si desaparezcó después de la visita al club de nuestro dilecto amigo, no compres salchichas en una temporada. Es posible que decidan reducirme a eso.

—No bromees con esto, Dan. Y no expongas demasiado. Sentiría de veras que te ocurriese algo irreparable.

—¿Te has enamorado de mí, Virgie?

—¡Fanfarrón! Considero que eras la única persona que puede ayudarme eficazmente a recuperar esa maldita fotografía y esclarecer lo de mi padre.

—Bien. Siento haberme equivocado.

La enlazó por la cintura, atrayéndola hacia sí.

—¿Sabes, Virgie? —sonrió—. Lo de Guy Greene podía habértelo dicho en otra ocasión. Ha sido una especie de disculpa para venir. Estaba seguro de que te encontraría así más o menos, y sentía deseos de verte y de besarte.

Lo hizo.

El contacto de la suave prenda y la perfecta anatomía que envolvía, le atraía de una manera irresistible.

La joven lo esquivó pronto. Luego lo tomó por un brazo, conduciéndolo a la salida. Sus labios se entreabrieron en una sonrisa picaresca al decir:

—Hay ocasiones en que las mujeres perdemos nuestra fuerza de voluntad. Después cuando la recuperamos, ya es demasiado tarde. No estamos solos en el paraíso, y no vamos a comernos la manzana. ¿Está claro, Dan?

## CAPÍTULO V

El periodista visitó a Roger Morris en la mañana del día siguiente.

El hombre habíase levantado. La herida cicatrizaba normalmente y apenas le impedía mover la pierna con soltura. Eso le hacía sentirse más animado, más optimista.

Dan levantó el apósito y procedió a una nueva cura.

Aquel hombre podía serle de mucha utilidad. Era un lobo solitario, y no era fácil que le traicionase por Dayvil.

—Dentro de un par de días estarás como nuevo, compañero —dijo.

—Eso mismo pienso yo. He tenido suerte. Cada vez que pienso que esa bala podía haberme agujereado unas pulgadas más abajo del sombrero, me dan temblores.

—Virgie y yo hemos llegado a un acuerdo, Roger. Vamos a trabajar juntos en este caso. Ambos buscamos realmente una misma cosa, pero nuestros intereses no chocan.

—Entendido. Yo no puedo negarle nada a Virgie. Y me alegra trabajar también en cierto modo para ti.

—Lo sé. Ella me lo contó todo.

—Odias al hampa y cuánto representa, ¿verdad, Dan? —inquirió de pronto, Roger con extraña seriedad.

El periodista se puso también serio; una seriedad casi desconocida en él.

—Sí —masculló, al fin.

—¿Por qué? La simpatía o la antipatía nacen espontáneas hacia una persona o una cosa. Pero el odio y el amor son producto de maduras reflexiones.

—Es cierto, Roger —respondió, tras un largo— silencio. —Existe ese odio, producto de una madura reflexión.

—¿Y el motivo?

Pero Dan hizo un gesto ambiguo con la diestra.

—¿Qué importa eso ahora? Pertenece al pasado, Roger. Lo que nos interesa es el presente.

—Tienes razón. ¿Algún trabajo para mí?

—Sí.

—No olvides mi pierna, compañero.

—No tendrás que moverla demasiado. Tu misión consiste en vigilar el «Merry Club», de Dayvil.

—Demonios, Dan. El «Merry» es un club elegante. ¿Crees de veras que van a permitirme la entrada con esta facha?

—No es necesario que lo hagas. Debes vigilar desde fuera, sin dejarte ver. Si Bertie y los amigos que fueron a la casa de Carpen te reconocen, lo pasarás mal. Si encuentras algo anormal, llámame a este número. Si no puedes localizarme, continúa vigilando y repite más tarde la llamada.

—De acuerdo. Suerte, compañero.

Dan abandonó la sórdida habitación de su nuevo y extraño aliado, iniciando sus investigaciones para localizar el objeto a que pertenecía aquella llave encontrada en la casa de Carpen.

Aquel trabajo resultó infructuoso. Ni Carpen ni el antiguo fiscal mantenían apartado postal. Y en las entidades bancarias obtuvo el mismo resultado negativo. Ninguno de los dos hombres habían alquilado jamás cajas fuertes. Ambos mantenían abiertas sendas cuentas corrientes, pero muy exiguas; nada que revelase que sus ingresos superaban en mucho al sueldo del retiro.

Dan no se desanimó.

Regresó a su apartamento, dispuesto a trazarse un plan de acción. Ambos hombres habían estado íntimamente ligados en San Francisco, y sería allí donde continuaría sus pesquisas.

Al anoecer, Dan se dirigió a su casa, pasando antes por la comisaría. Quería tener un cambio de impresiones con el *sheriff*. Después, hablaría con Virgie.

Gable se hallaba en su despacho. Y parecía preocupado cuando entró el periodista.

—Han ocurrido novedades, ¿eh, Gable? —inquirió.

—¿Qué le hace suponer eso, periodista? ¿Es adivino, además de otras cosas?

—Usted mismo me lo hace suponer. Cuando quiera jugar al

póker, avíseme. Debe ser fácil descubrirle el juego. Su rostro refleja con demasiada claridad sus impresiones.

—¡Demonios! —bramó Gable—. Empiezo a creer que tiene razón. Nunca he conseguido ganar al póker. Si tengo buen juego, nadie me sigue, y cuando quiero hacer un «bluff», siempre me cazan.

—Aprenda a mantener su expresión hermética. ¿Qué ocurre ahora, *sheriff*?

—Varias cosas... Anoche robaron la caja fuerte de Richard Carpen. Lo hemos descubierto esta mañana. Alguien lo hizo y se enzarzó a tiros con otro.

—Buena noticia. ¿Qué más? —sonrió Dan.

—He recibido la visita de un hombre llamado Robert Stone, que ocupa un apartamento en la segunda planta del Edificio Monitor de la Madison Square. Alguien le ha llamado para decirle que la hora de la venganza ha llegado para él.

—Eso es noticia. ¿Qué edad tiene?

—Unos sesenta años. Está asustado de veras. Conocía a los tres hombres asesinados.

—Ya. ¿Han tomado algunas precauciones?

—Claro. El mismo lo pidió así. Uno de mis hombres monta guardia junto a la puerta de su apartamento. El seguirá a Stone a todas partes. Ese hombre tendrá protección día y noche.

—Hablaré con él más tarde. ¿Algo más?

—Sí; aunque esto es posible que no guarde relación alguna con el asunto.

—Explíquese.

—Mary Greene me llamó por teléfono esta tarde, después del sepelio de su padre.

—¿Y bien?

—El viejo fiscal parece que ayudaba a Richard Carpen en algún trabajo que ella ignora. Parece que entre las cosas de su padre ha encontrado una caja de acero con una tarjeta en el que está consignado el nombre de Richard Carpen. Greene no tiene en su casa la llave de esa caja. Un detalle bien comprobado por ella.

—Entendido. ¿Le ha entregado ya esa caja?

—No. Pasaré mañana a recogerla. No creo que encontremos nada en ella que sirva para aclarar este maldito embrollo.

—Ésa es también mi opinión —rezongó Dan, vivamente interesado por lo que acababa de oír.

Aquella caja podía contener la valiosa colección de trapos sucios de Carpen. Era conveniente comprobarlo.

El periodista abandonó la comisaría para encaminarse rectamente a su apartamento. Luego localizaría a Roger Morris, que vigilaba el club de Dayvil. Él se encargaría de hacerse con la caja.

Dan se disponía a salir ya cuando repiqueteó el timbre del teléfono.

—Hola.

—Hola, Dan; soy Virgie.

Reconoció la voz de la muchacha antes que ella pronunciase su nombre. Algo que le produjo una íntima satisfacción.

—Dime, Virgie.

—Han ocurrido novedades —adujo ella—. Dick Coniff, mi prometido, se encuentra aquí conmigo. Te esperamos en mi apartamento. Hace rato que intento comunicarme contigo. Ven pronto, Dan.

—De acuerdo. ¿Lo sabe todo ya, Virgie?

—Sí. He decidido seguir tu criterio. Que me quiera tal y como soy o que me deje. Tenías razón. Dick se ha mostrado muy comprensivo.

Colgó seguidamente.

Dan permaneció largo rato sumido en sus pensamientos, manteniendo el auricular junto a su mejilla.

Había algo raro en todo aquello. La voz de la joven no sonaba tal y como él la recordaba. Y no se trataba de ese modo peculiar con que deforma la voz un aparato telefónico. No; era la forma de expresarse de Virgie.

Ella le había dicho que su prometido se había mostrado muy comprensivo. Sin embargo, su acento parecía desmentir esas palabras. Y no era aprensión suya. Algo preocupaba hondamente a Virgie Holliman.

No lo pensó más.

Tenía un presentimiento, pero lo estaba interpretando de una manera equivocada. El consideraba a Virgie ante un problema ocasionado por su confesión a Dick Coniff. No acertaba a comprender que el problema era enteramente suyo.

Pulsó el botón del apartamento de Virgie, y esperó.

La puerta se abrió de súbito y se encontró frente a un individuo de aspecto achulado, que le apuntaba con una pistola.

Lo reconoció. Era Bertie Hoffman, uno de los hombres de confianza de Lorne Dayvil, a los que sorprendieron en la casa del federal asesinado.

—Entre, Burns —le conminó el otro con una sonrisa de sarcasmo—. Y no cometa ninguna tontería. Es el mejor consejo para la salud que le han dado en su vida.

Dan no se inmutó. No esperaba ciertamente aquello pero los años de periodista le habían dado una amplia capacidad para asimilar la sorpresa.

El hampón le desposeyó de su pistola, obligándole a caminar hasta el *hall*.

Virgie estaba allí, sentada en el diván, con las piernas muy juntas, dejando al descubierto medio palmo más arriba de sus rodillas. La joven rehuyó su mirada. Era evidente que le pesaba de algún modo hacerlo conducido a esa trampa.

En pie, cerca de la mesita, estaba Lorne Dayvil, cuyos labios de trazo fino, muy pálidos, se curvaban en una sonrisa de sarcasmo. Lorne debía rondar los cincuenta. Era alto y muy delgado, de rostro clorótico y aspecto enfermizo. Su apariencia externa de enfermo resignado inclinaba a la compasión al primer golpe de vista, pero diluía esa impresión la luz repulsiva que ardía en sus pupilas.

Dick Coniff, el prometido de Virgie, se hallaba sentado a medias en el brazo del diván, cruzadas sus piernas y apoyando su diestra en los hombros de la joven. Era alto y atlético, de cabello ensortijado y facciones agraciadas. Uno de esos hombres que ejercen un poderoso atractivo biológico sobre la mayor parte de los miembros del sexo débil. Pero también en el fondo de sus pupilas brillaba una extraña luz, una perenne expresión que delataba al hombre habituado al vicio, a sacar provecho de sus ventajas, sin un ápice de escrúpulos en su conducta.

—Magníficos compañeros para una tertulia —ironizó el periodista, paseando su mirada por todos los rostros—. ¿Cómo ha podido venir a parar aquí, Coniff?

—Yo lo he llamado —se apresuró a explicar el propio Dayvil.

—¿Lobos de la misma camada?

—Bueno amigos, Dan —replicó el hampón—. Los muchachos reconocieron a Virgie, la prometida de Dick. De haberse tratado de otra mujer, yo hubiese procedido de otra manera muy distinta con ella. Usted sabe cómo.

—Desde luego.

—Pero yo estoy al corriente de las relaciones que la unen a Dick. Entonces, lo llamé para que me ayude a solucionar este asunto, de forma que ella no salga perjudicada. Una atención hacía un buen amigo.

—Claro, Lorne —respondió con sorna Dan—. Dios los cría... Aunque considero que Virgie ya sale muy perjudicada por el hecho de haberse prometido a un tipo como éste.

—Ahórrese los sarcasmos, Dan —rezongó Dayvil—. No tiene mucha gracia.

—Comprendo que no se la haga a usted. Pero sí que la tiene.

Se volvió a Virgie para agregar:

—Supongo que no le habrá costado a Dick mucho trabajo convencerte, ¿eh, Virgie?

Ella tardó un rato en contestar. Y lo hizo sin levantar la mirada.

—Es cierto eso, Dan. Dick se ha presentado de improviso. Tú mismo dijiste que debía haberme sincerado con él desde el principio. Lo hice así. Lo decidí de pronto. Entonces me confesó que Dayvil es un buen amigo suyo, había venido avisado por él. Le expliqué todo lo sucedido entre los dos. Entonces llamó a Dayvil y decidieron hablar contigo. Quieren esa llave, Dan. Yo sólo he pretendido destruir con esto lo que Carpen preparó contra mí. Ellos me han prometido hacerlo, aunque ya no tiene demasiada importancia, después de la comprensión de Dick.

—Todo muy claro, Virgie —pronunció el periodista en tono de reproche—. Pero has debido pensar mejor las cosas antes de llevarlas a la práctica. Esto revela en ti un gran egoísmo. No has vacilado en traicionar a un amigo, por el hecho de que tu problema pueda quedar así mejor solucionado. Tú sabes lo que busco entre las porquerías de Carpen. Favorecer a Dayvil, como tú lo has hecho, es como arrojar por la borda la dignidad del ciudadano; casi ponerse abiertamente en contra de la ley.

—La ley no sabrá jamás nada de esto —terció Coniff.

—A buen seguro que no —replicó el periodista—. Usted es el

primer interesado en que sea así. Se supone que es usted un hombre honrado, intachable. Lo suponen otros, desde luego, a mí no puede engañarme. Virgie se ha buscado un mal partido.

—No se trata sólo de eso, Dan —adujo la joven con énfasis—. Lorne Dayvil me ha prometido llevarme junto a mi padre, si le presto mi apoyo.

El periodista miró a Lorne con interés.

—¿Es cierto eso? —indagó.

—Lo es. No me gusta hablar de esto; hubiese preferido que Virgie no hiciese alusión al asunto. Pero ya que se ha suscitado, no me importa reconocerlo. Yo sé dónde se encuentra el profesor Adolph Holliman. Virgie podrá ver a su padre dentro de muy poco.

—¿Dónde lo oculta?

—Eso ya no le importa a usted, amigo.

—De forma que entre sus numerosas actividades al margen de la ley, también se cuenta la de traidor, ¿eh, Lorne?

—Nada de eso, amigo mío. Todos los gobiernos tienen su plan quinquenal, y yo tengo el mío. No me gusta la palabra traición. Las cosas dependen siempre del criterio que cada cual tenga de ellas. Cada hombre es un mundo en pequeño. Nace sobre la tierra, no importa en qué parte de ella, y ésta es su patria. Las nacionalidades son asuntos puramente convencionales. El profesor estaba amenazado, y me limité a ponerlo a salvo.

—¿Piensa abandonar los Estados Unidos?

—Eso sólo se lo puede responder el propio Holliman. Pregunte usted mucho. Además, es el jefe quien tiene la palabra en este asunto.

Lorne Dayvil era sincero ahora. En contra de lo que todos pensaban, había un cerebro organizador del crimen por encima de él. Seguro que cuando se lo había revelado así era porque tenía el propósito de que no viese ya la luz de un nuevo día.

—¿Quién es ese jefe? —preguntó.

Le respondió una fuerte carcajada del hampón.

—La curiosidad siempre insatisfecha del periodista —dijo—. Y, por supuesto, va a continuar insatisfecha en esta ocasión. ¿Dónde tiene esa llave que retiró de la caja de Carpen?

—Ahora es usted el curioso, Dayvil. Pero no creo que esa llave le sirva de nada. No la necesitará una vez que haya descubierto el

escondite del tesoro sucio de Carpen.

—No quiero abrir por la fuerza una caja en un Banco ni un apartado postal. Prefiero recurrir a la astucia y evitar violencias y los consiguientes problemas.

Se expandió por el apartamento el ruido del zumbador.

Dayvil hizo una señal a su hampón, que acudió a abrir la puerta.

Poco después, estaba de regreso en el *hall*, acompañado de Claudew y el conductor al que Dean pusiera fuera de combate para llevarse el coche aparcado cerca de la vivienda de Carpen.

—¿No recuerdan a esté pájaro de cuenta? —preguntó Dayvil con sorna—. Es el hombre que les burló en la casa de Carpen. ¿Sabe, Dan? Pasaron lo suyo para eludir al patrullero de la policía y llegar a Monterrey a campo traviesa.

—No hay nada en su apartamento —masculló Claude, mirándolo con encono—. Hemos registrado hasta el último rincón.

Dan comprendió. Aquellos hombres habían vigilado su salida del piso para registrarlo de arriba abajo, en busca de la evidencia de que no había hallado aún las pruebas contra Dayvil, acumuladas por Carpen.

—Espero que no hayan arrugado mis corbatas —pronunció con sutil ironía.

—Bien. Esto quiere decir que no ha dado aún con el escondite de Carpen —susurró Dayvil—. Esa labor será exclusivamente nuestra, a partir de este instante. Entrégueme esa llave, Dan. No hay opción para usted y se ahorrará un mal rato, si no opone resistencia.

El periodista se la entregó.

—Claro que quiero ahorrarme ese mal rato. Aquí la tiene.

Dan se dio cuenta de que la joven no había mencionado para nada a los hampones el nombre de Guy Greene, por omisión quizá voluntaria, al considerar que, después de la muerte del fiscal, no reunía ya el menor interés. Y él tampoco iba a hacerlo. Una vez descubierto el escondite, la forma de vencer la resistencia de la cerradura no tenía demasiada importancia. Roger Morris se encargaría de eso.

A una señal de Dayvil, uno de los hampones le señaló la salida.

—Camina, hermano.

Hoffman se situó de pronto frente a él, golpeándole con la pistola en los labios.

Dan trastrabilló, sintiendo manar la sangre por la grieta abierta en la comisura.

Vio a Virgie incorporarse de súbito.

—Usted aseguró que Dan no sufriría daño alguno —balbució.

—Y es cierto —sonrió Hoffman—. Esto ha sido un arrebató. No se moleste por ello, Virgie. Le aseguro que Dan Burns no sufrirá más de ahora en adelante.

Ella comprendió el significado de esas palabras. Dan estaba sentenciado a muerte. Y algo se rebeló dentro de ella al darse cuenta del final que iba a tener todo aquello. Pero Coniff la oprimió por los hombros, obligándola a sentarse.

—Quieta, Virgie —susurró—. La seguridad de tu padre depende en cierto modo, de este pájaro.

Dan se volvió a ella, antes de caminar hacia la salida.

—Has debido comprobar, antes de nada, la categoría moral de tu prometido, Virgie. Dijiste que era un hombre intachable. Bien. Ésta puede ser una despedida definitiva. Si la suerte no viene en mi ayuda... recuerda lo que te dije acerca de las salchichas. No creo que estén muy sabrosas en los próximos días.

Dayvil salió también, dejando a Virgie y a Coniff solos en el apartamento. Después, Dan fue obligado a meterse en el asiento posterior de un lujoso «Sedan» verde, entre Dayvil y Hoffman. Claudew ocupó asiento junto al conductor.

—Vamos al «Merry», muchachos. Yo me quedaré allí. Coniff se encargará de traer aquí a Virgie cuando se haya calmado, para llevarla junto a su padre.

El club estaba montado por todo lo alto. Dayvil había levantado el edificio de líneas sobrias y modernas, cerca de la costa, de forma que el paisaje del mar, muriendo mansamente en la ensenada o estrellándose con fragor contra los acantilados en oleadas de espuma, fuese visible desde la terraza superior. Y nada ilegal, en apariencia. Ni juego, ni drogas, ni prostitución. Una sala de baile donde actuaban buenas atracciones, un restaurante, un bar en cada planta, mucho lujo en la decoración, y empleados vistiendo uniformes tan vistosos como los de esos ejércitos imaginarios «made in Hollywood».

El hampón detuvo el coche frente a la entrada del club, pero sólo Lorne Dayvil bajó de él. Antes de cerrar la portezuela, se volvió

a sus ocupantes:

—Lamento verme precisado a hacer esto con usted, Dan. Tiene madera de buen periodista. Pero es demasiado entrometido. El jefe me comunicó que debíamos liquidarlo después de obtener esa llave.

—¿Cómo supo el jefe que yo tenía la llave?

Dayvil sonrió con superioridad.

—Él sabe muchas cosas, amigo mío. Sólo eso le ha permitido subsistir hasta ahora. Carpen ha sido el único hombre que estuvo a punto de dar al traste con todo. ¿Sabe cuánto me pidió por sus pruebas, después de hacer creer al F.B.I., que no había conseguido nada positivo? Cien mil dólares.

—Bien. Al periódico lo ofreció por la mitad.

—Lo hizo para forzarnos. Dan. Entonces, el jefe accedió a pagarle esa cantidad, aunque pensaba trabajar antes el modo de hacerse con todo eso por mucho menos. Y estaba seguro de conseguirlo. El hombre que lo liquidó nos hizo una buena faena. Ahora, buen viaje a la eternidad, Dan.

—Gracias, Lorne —pronunció con sarcasmo el periodista—. La forma en que promulga sus sentencias, debe resultar un verdadero placer ser asesinado por sus verdugos.

El coche arrancó, a toda velocidad mientras Dan barajaba en su mente un tropel de ideas.

—Bonita perspectiva, ¿eh, compadres? —ironizó.

—Para ti, estupenda —respondió Hoffman en el mismo tono—. Vas a practicar la pesca submarina, pero a la inversa. Los peces te irán comiendo poco a poco, hasta dejarte limpio el esqueleto.

Dan no adujo nada más. El humor macabro de Hoffman le crispaba los nervios. Se hallaba metido de lleno en una peligrosa situación, la muerte le rondaba demasiado cerca esta vez, y su mente trabajaba a marchas forzadas, en busca de una salida que le permitiese eludir aquella trampa mortal. De momento, tenía cerradas todas las puertas. Y aquellos hombres lo acribillarían al menor gesto de resistencia.

El conductor volvió a medias la cabeza para decir:

—Parece que alguien nos sigue. Ese coche viene detrás de nosotros desde el club.

Los hombres escrutaron las saetas luminosas del coche que rodaba a unas doscientas yardas detrás de ellas. Con avidez por

parte del periodista.

—Continúa hasta la Punta del Coyote —masculló Claudew—. Es un buen sitio para deshacernos de este imbécil. Allí podremos cerciorarnos de si realmente nos viene siguiendo.

Alcanzaron el punto indicado por Claudew. Una punta de tierra que se internaba un centenar de yardas en el mar, formando su parte superior una explanada cubierta de hierba y flores silvestres, de unas cincuenta yardas de anchura. Su altura excedía de las quince yardas, y la pared, cortada a pico, descendía verticalmente hasta el mar, que rugía al estrellarse contra la base del farallón.

El conductor giró a la derecha, salvando limpiamente la cuneta. Internó el coche en el claro y frenó, apagando las luces.

El otro vehículo cruzó la carretera frente a ellos, recorrió la recta que lindaba con la Punta del Coyote y tomó la pronunciada curva sobre dos ruedas, sin aminorar su velocidad.

Hoffman emitió una seca risita al comprobar el gesto de contrariedad del periodista.

Dan había mantenido una esperanza. Algo que se desvanecía de pronto, dejándolo a solas con la cruda realidad.

—Afuera —masculló el hampón.

Salieron los tres, mientras el otro continuaba en el interior, volviendo a conectar el encendido.

Claudew señaló al joven una gruesa piedra.

—Toma eso, Dan. Llévala contigo. Vete acostumbrándote a ella. Va a ser por mucho tiempo, tu compañera inseparable.

Alcanzaron el borde de la Punta del Coyote.

Dan miró las encrespadas olas que iban a estrellarse contra la pared con un fragor de tempestad. Aquello iba a convertirse en un cementerio para él.

El estampido del arma de fuego que se produjo de súbito, provocó la alarma de los hombres.

Hoffman emitió un agudo gemido al sentirse herido en el hombro. Seguidamente, volvió a bramar el arma.

Dan vio en eso su oportunidad. Alguien acudía en su ayuda, y no iba a desaprovecharlo.

Hoffman había dejado caer con flaccidez su brazo diestro, transido de dolor. Y Claudew se esforzaba por divisar al oculto agresor, desconcertado aún por el imprevisto ataque.

El periodista elevó la gruesa piedra, golpeando con ella el hombro de Claudew. El hampón se desplomó con un rugido de rabia y dolor.

La primera idea de Dan fue arrebatar el arma que Hoffman empuñaba. Pero desistió de ello, al elevarse, el Impresionante tableteo del ametrallador, manejado por el conductor del coche. Y el propio Hoffman, sacando fuerzas de flaqueza, había dado un paso atrás y se disponía a disparar contra él.

Dan se lanzó al mar al tiempo que los proyectiles disparados por el oculto agresor perforaban el parabrisas del coche de Dayvil.

Aqué! era el único camino viable para él, por el momento. Encerraba un riesgo, pero éste era infinitamente mayor arriba.

Se sumergió en un salto perfecto, hasta rozar con sus manos la arena del fondo. Seguidamente, ascendió a la superficie para tomar aire, nadando después entre dos aguas para evitar verse arrojado por el oleaje contra la pared. Así corría el riesgo de recibir un fuerte golpe, y verse privado del uso de los sentidos.

Lo consiguió tras una dura lucha, ayudado en parte, por la resaca. Entonces nadó algo alejado de la costa, buscando un punto bajo de la misma para poder pisar la tierra firme.

Los disparos habían cesado arriba, pero él no podía darse cuenta. El fragor del mar batiendo los acantilados absorbía todo otro sonido allá abajo.

Divisó una reducida ensenada al cabo de media hora de nadar paralelo a la costa. Unos acantilados rodeaban la playa arenosa, pero parecían fáciles de escalar.

Antes de alcanzar la orilla, divisó un bulto zarandeado por las aguas. Un bulto al que las olas llevaban hasta la playa, dejándolo varado allí, hasta que otra lo arrastraba adentro, para volver a sacarlo más tarde a la orilla.

Dan se irguió cerca de él, comprobando que se trataba de un cadáver.

El periodista lo arrastró afuera, dejándolo lejos del alcance de las olas. Seguidamente, se arrodilló junto a él y lo examinó a la espectral claridad de la luna.

Se trataba de un hombre de edad avanzada. Tenía un rostro de nobles facciones, deformado ahora en un gesto de terror que la muerte había estereotipado. Y no había perecido ahogado. Tres

balazos en el pecho habían puesto fin a su vida antes de ser arrojado al agua.

Vestía pantalón gris y camisa verde, con sus iniciales bordadas en el bolsillo. R. S.

El periodista tuvo una noción de lo que aquello significaba. La edad, las iniciales y la forma en que había sido asesinado despertaron en él una sospecha. Debía tratarse de Robert Stone, el hombre que había recibido aquella misteriosa llamada anunciándole que la hora de la venganza había llegado al fin para él. La vigilancia del *sheriff* no parecía haber dado el resultado apetecido.

Se inmovilizó, aletardos todos sus sentidos, al percibir el gemido de un motor forzado a dar el máximo rendimiento, acercarse, fuera del camino, a la parte superior del acantilado.

Debían ser los hampones, que pretendían terminar su trabajo, Esto iba a ponerle en el dilema de dejarse acribillar o exponerse a perecer ahogado. Porque no se sentía con las fuerzas suficientes para adentrarse otra vez en el mar y rehuir de esa manera la muerte que se le iba encima.

## CAPÍTULO VI

Pronto dejó de oír el motor y vio aparecer una silueta humana en el borde superior.

—¡Dan!

Reconoció la voz. Era Roger Morris, alias el «Abrelatas».

—Caramba, Roger —exclamó—. Creo que jamás me había producido tanta satisfacción oír una voz tan cascada como la tuya.

El hombre bajó renqueando entre las rocas y las losas que formaban el acantilado. Luego se quedó mirando con aprensión el cuerpo sin vida tendido cerca del periodista.

—¿De dónde has sacado este «fiambre»?

—Estaba aquí, en la orilla.

—De los cuarenta para arriba...

—No es que le haya sentado mal el baño, Roger. Alguien lo ha despachado de tres balazos.

El hombre dejó escapar un silbido.

—Vaya asunto —rezongó—. Jamás pensé que en las costas de California se pudieran pescar piezas de este calibre. Si ahora nos descubre alguien...

—No temas.

—¿No? —masculló Roger—. Tú no conoces a la policía, amigo. Cuando no encuentran al verdadero culpable, le cargan el muerto a cualquiera. Déjalo aquí, Dan, y vámonos.

El periodista dio su conformidad:

—De acuerdo, Roger. Vamos arriba. Tengo un trabajo especial para ti. ¿Dónde están nuestros dilectos camaradas de juegos infantiles?

—Se largaron —respondió Roger—. Hoffman está herido de bala, y tú has descalabrado a Claudew.

Montaron en el coche que Roger había llevado; un modelo «Cadillac», que Dan reconoció.

—¿De dónde has sacado este coche, bribón?

—¿No lo imaginas?

—Claro. Conozco al dueño. Es mi patrón. Esto significa una doble satisfacción para mí. Por tu oportunidad y por la rabieta que va a llevarse ese miserable avaro. ¿Cómo se te ha ocurrido, compadre?

Roger le ofreció una botella de coñac «Napoleón» que encontró en el coche.

—Empina un trago —dijo—. No creo que esto de fuerzas, pero le hace a uno sentirse optimista.

—Otra satisfacción más, Roger. Ésta es la primera vez que bebo un trago a costa de ese roñoso.

Roger bebió también una buena dosis, antes de decir:

—Vigilaba el «Merry» cuando llegaste allí con esas fieras. Supongo que tu patrón se encontraba en el club.

—Claro. Y me pregunto qué diablos hacía allí ese cretino.

—Me di cuenta que estabas metido en un lío de los gordos —siguió diciendo el ladrón de cajas—. Lo corriente entre dos compañeros que trabajan juntos es ayudarse mutuamente. Conque subí a esta elegante cafetera, y arranqué detrás. Ya sabes el resto. Cuando se fueron, me acerqué al borde del acantilado y pude verte. No dudé que vendrías a parar a esta playa. Te aseguro que me hubiese gustado más llevarme otro coche menos lujoso, pero éste era el único que tenía puesta la llave de ignición. ¿Adónde vamos, compañero?

—A mi apartamento.

—Bien. Dejaré este cacharro aparcado cerca de allí para que lo encuentre la policía sin dificultad.

Dan se volvió a su acompañante, antes de salir del coche.

—Escucha, Roger. Virgie se halla metida en un mal paso. Ese Dick Coniff es un pájaro de mucha cuenta.

Le explicó todo lo sucedido. Roger Morris era ya un hombre de plena confianza para él.

Cuando acabó, le dio las últimas instrucciones:

—Voy a cambiarme esta ropa. Está hecha una sopa. Deja este coche por ahí, mientras tanto. Luego iremos juntos por esa caja. Te echaré una mano.

—Ni hablar, hermano. Lo haré yo solo. Sé por experiencia, lo

que ocurre por culpa de los novatos. Yo haré ese trabajo. No es lo mismo que entrar en una casa deshabitada. Nos reuniremos en mi apartamento. No te conviene estar en el tuyo mucho tiempo. Puede resultar peligroso. Dayvil te ha sentenciado, y esos hombres te buscarán por todas partes.

—Lo sé.

—Ocupa el mío. Puede que te huela mal aquello, pero creo que el tuyo va a oler a pólvora dentro de muy poco. Iré allí. Si no has llegado aún, te esperaré todo el tiempo que sea.

—De acuerdo, Roger. Suerte, compañero.

Dan subió pausadamente los escalones hasta la segunda planta mientras Roger se alejaba en el «Cadillac».

Abrió la puerta, pasando al interior. Y percibió la impresión de que no se hallaba solo. Alguien más había allí. Alguien que usaba un suave perfume para hombres.

Alcanzó el *hall*, manteniendo todos los músculos en tensión. Accionó el conmutador de la luz al tiempo que su cuerpo se arqueaba, presto para lanzarse a un ataque súbito.

Miró a Dick Coniff, el prometido de Virgie, que permanecía retrepado en uno de los sillones, sonriendo abiertamente y apuntándole la negra boca de una pistola.

El resto del apartamento presentaba un completo desorden. Los hombres de Dayvil lo habían registrado a conciencia, arrojando al suelo prendas y cajones.

—¿Dayvil lo ha enviado por si fallaban sus compañeros o ha sido suya la idea, Dick? —pronunció con voz tensa.

—Ha sido mía la idea. Pero le aseguro que no estoy aquí por lo que imagina en este instante.

—¿No ha venido a darme el pasaporte para la eternidad?

—No —replicó el otro riendo de un modo desagradable—. Esto es cosa mía. Oiga, Dan; me precio de conocer a los hombres. En cierto modo, usted y yo tenemos algo en común. Usted ha intuido que aquí había un intruso. Yo intuí desde el primer momento que conseguiría usted escapar de las garras de Hoffman y los otros. Ahora se confirma mi intuición. Eso evidencia que es el hombre que necesito.

—Bien, espero sus palabras, Dick. Pero deje que mientras me cambie de ropa. El mar ha dejado esta que llevo, hecha una lástima.

—Hágalo.

Lo hizo, seguido en todo momento por la negra boca del cañón de la pistola.

—Quiero proponerle un buen negocio —prosiguió Dick apoyándose con indolencia en el marco del dormitorio—. Usted es un hombre de acción; una especie de perro de presa. Y como todos los hombres, tiene un precio.

—Sin ambages, Dick. ¿Qué espera obtener de mí?

—De acuerdo —sonrió el prometido de Virgie—. Empezaré por revelarle una parte de mi juego. He trabajado una larga temporada para Richard Carpen.

El periodista lo miró con estupor.

—¿No posee usted una cadena de tiendas en Carson City?

Las carcajadas de Dick atronaron en el apartamento.

—¿De veras tengo cara de tendero? Ni siquiera he estado en la capital de Nevada. Eso da buenos resultados con las mujeres, ¿comprende? El golpe de gracia para ellas. Digamos que yo era un agente de Carpen, una especie de representante para proporcionarle clientela en la que colocar su mercancía.

Dan paralizó su movimiento de apretar el nudo de la corbata para mirar a su interlocutor.

Había mucha suciedad en lo que Carpen estuvo haciendo durante los últimos años. Pero las palabras de Coniff revelaban que aquella suciedad alcanzaba límites insospechados.

—Entiendo —murmuró el periodista—. Pensé que verdaderamente existían esas tiendas, aunque usted expendía desde ellas drogas o algo por el estilo. Usted sabía de antemano el chantaje a que estaba sometiendo a Virgie, ¿no es así?

Dick Coniff volvió a estallar en fuertes risotadas.

—Claro, Dan. Yo mismo preparé las cosas. Carpen se agenciaba pruebas y demás, de casos que han figurado en expedientes ante la policía, pero sin trascender al público. Pecadillos de juventud o simples coincidencias como la de Virgie, pero que pueden hundir ahora una brillante carrera o destruir un matrimonio. La gente prefiere antes de arriesgarse a llegar a eso. Yo me encargaba de tramitar el negocio o provocarlo. Carpen me pagaba un buen corretaje.

—Ya.

—Durante los últimos meses, me he dedicado a buscar a las jóvenes enfocadas por ese reportero gráfico, después que Carpen se hizo con esos clisés. La mayor parte de ellas han contraído matrimonio, y resultó fácil sacarles el dinero. Pero Virgie era diferente. Estaba sola y no había forma de abordarla. Entonces tuve que enamorarla y Carpen entró en primer plano cerca de ella. Virgie se enamoró, y estaba dispuesta a pagar cinco mil dólares para evitar que un rico comerciante pudiera conocer esa parte de su pasado.

Dan sintió deseos de aplastarle de un puñetazo aquella cínica sonrisa. Le dolía que Virgie hubiese sido objeto de una burla tan sangrienta como aquélla.

—También trabajaba para Lorne Dayvil, ¿no?

—Exacto. Lorne mantiene abiertos varios burdeles de categoría. Los hombres que los frecuentan no se conforman con chicas corrientes. Yo soy especialista en hacer dar tropezones, o deslices, si lo prefiere así, a esa clase de chicas. La mujer es débil, aunque se crea tan fuerte como el hombre. El amor y las drogas las seducen, enseguida. Después son presa fácil en manos de Dayvil. Las que salen ariscas, él las envía a otros países sudamericanos. Es un buen mercado para la venta de mujeres. ¿Qué le parece esto, Dan?

—Sencillamente repugnante. Como es usted. Tiene prestancia, Dick, pero sus entrañas son una hedionda gusanera. Me recuerda esos panteones con que la gente adinerada quiere hacer notar su presencia también en los cementerios. Un lujo recargado en el exterior, grandes y costosos adornos en sus fachadas, pero en su interior sólo contienen cadáveres putrefactos. Y menos mal que los humildes que los rodean en sus sencillas tumbas no sienten, en esos sitios, ningún complejo de inferioridad.

Dick se puso serio, haciendo oscilar el arma que empuñaba.

—No me gustan sus comentarios, Dan.

—No se lo he dicho para que le guste —replicó el periodista—. Escupa de una vez lo que tenga en el buche.

—Está bien. Usted lo tiene todo ahora en contra suya. Lorne Dayvil es un mal enemigo. Tiene fuerza e influencia. Se ha propuesto liquidarlo por orden del jefe, y usted sin ayuda, no tardará en encontrarse en cualquier calleja de Monterrey, lastrado de plomo. Es la verdad, y debe considerar las cosas desde ese punto de vista. Yo puedo ocultarle donde los hombres de Dayvil jamás lo

encuentren.

—Adelante, Dick —le animó al verlo callar.

—Mientras permanece en sitio seguro, yo puedo ayudarle a recuperar las pruebas que Carpen reunió contra Dayvil. Puedo andar libremente por la ciudad y usted no puede hacerlo, en cambio, sin correr un serio peligro.

Le he dicho antes que me precio de conocer a los hombres. Usted sabe ya dónde se encuentra el escondite de Carpen. Tiene al menos, una idea bastante clara de todo eso.

—Es cierto.

—Yo me haré con esas pruebas y las llevaré al lugar donde lo oculte. Entonces sí que podrá salir libremente otra vez. Dayvil no se atreverá a hacer nada por temor a que las pruebas vayan a parar a otras manos. Estaban dispuestos a pagar cien mil dólares por ellas. Lo hubiesen hecho de no haberse cruzado ese asesino en el camino de Carpen.

—¿Por qué no lo hace solo y se queda con todo?

—No quiero enfrentarme a Dayvil y sus pandilleros. Sería demasiado peligroso. No soy lo que se llama un hombre de acción, y no me permitirían disfrutar de esa fortuna. Usted está ya perseguido a muerte. Eso le obliga a huir de todas formas. Es mejor hacerlo con una buena cantidad de dólares en el bolsillo.

Dan acabó de vestirse. A continuación se aproximó más a Dick, mirándolo con fijeza.

—¿Y si le digo que estoy dispuesto a encontrar esas pruebas y acabar de una vez para siempre con esa lacra que es Dayvil? —pronunció.

—Diría que es usted un idiota y que yo me he equivocado al juzgarlo.

—Bien. ¿Dónde se encuentra Virgie? —inquirió el periodista.

—Está junto a su padre. Yo mismo la llevé al Merry para que Dayvil la condujese a su lado. Ella partirá pronto de los Estados Unidos.

—El profesor Holliman es un traidor, ¿no?

—Lo ignoro —respondió Dick—. No he trabajado en ese asunto. Es cosa exclusiva de Dayvil.

Dan continuó avanzando, hasta situarse muy cerca de su interlocutor, que sonreía con aire de suficiencia, se guro de su éxito

en aquella empresa.

—Voy a decirle una cosa, Dick.

—Hágalo.

—No me gusta su proposición y no voy a aceptarla.

Se atirantaron los músculos del apolíneo hampón.

—¿Habla en serio? —masculló.

—Completamente en serio.

—En ese caso, Dan, tendré que matarlo. Dayvil me pagará una recompensa por haberlo hecho.

—No digas estupideces. Aunque es difícil que un hombre como usted sea capaz de decir otra cosa. Usted hubiese traicionado a Carpen de haber tenido ocasión, quiere traicionar a Dayvil y me traicionaría después a mí también. Es usted menos de fiar que una serpiente de cascabel. Prefiero hundir a Dayvil, limpiar esta parte de la costa de la porquería que la ensucia. ¿Cree que Virgie desea realmente, irse de este país, junto a su padre?

—Quizá no. Ella es muy sensible. Si su padre permanece secuestrado por Dayvil y decide sacarlo por la fuerza y enviarlo a otro país, en calidad de prisionero, ella le seguirá. Pero si el profesor Holliman es realmente un traidor, se negará a seguirlo. En ese caso, Dayvil la llevará junto a las otras jóvenes.

Dan entró de súbito en acción. Disparó de pronto su mano diestra, golpeando la muñeca de Dick con el canto y obligándole a soltar el arma. Un puñetazo seguido en el mentón lo lanzó contra uno de los sillones, que cayó al suelo envuelto con el cuerpo del truhan.

Dan se abalanzó sobre él, captando el gemido del motor del coche que acababa de detenerse junto a la entrada del edificio.

Forcejeó con Dick, que apenas oponía una resistencia eficaz. Coniff era un cobarde en el fondo. Luchar contra un hombre como Dan no era lo mismo que seducir a una atolondrada muchacha.

Burns lo engarfió por las solapas y le obligó a ponerse en pie. Luego lo atrajo hacia sí.

—Ahora, imbécil «casanova», vas a decirme dónde han llevado a Virgie.

El hampón sintió un pánico inmenso a la vista de la luz que ardía en las pupilas de su adversario. Aquel hombre sentía un odio mortal por el hampa. Era fácil adivinar sus sentimientos. No sentía

la menor piedad hacia los hombres que componían el submundo de la delincuencia.

—¿Sabe, Dick? —masculló con furor inaudito—. Una vez sentí interés por una muchacha. Hace unos años ya de eso. Era bonita y nos comprendíamos bien. Sólo era ilusión, pero yo estoy seguro de que aquello hubiese acabado por fructificar en un amor profundo y duradero. Entonces se cruzó en nuestro camino un hombre como usted. Uno de esos tipos por los que las mujeres sin experiencia pierden la cabeza. Tan ruin y miserable como es usted, un especialista en perversión para aumentar en los prostíbulos el número de muchachas que apetecen los hombres adinerados que los frecuentan. No le costó mucho seducirla. Me dolió mucho aquello. Y más cuando la volví a ver, un tiempo después. Estaba en un burdel y entregada al horrible vicio de las drogas. Se había convertido en una verdadera ruina humana. Desde entonces...

La puerta se abrió de súbito con brusquedad, irrumpiendo en el apartamento dos hampones de Dayvil.

Dan no vaciló lo más mínimo. Aquellos hampones iban en su busca dispuestos a acribillarlo.

Arrojó a Dick Coniff con toda su fuerza contra ellos, al tiempo que disparaban sus pistolas provistas de silenciador.

Sonaron los «sput» de las armas, como la tos seca de un asmático.

Dick Coniff estalló en un aullido infrahumano al interponerse entre los negros cañones y el cuerpo de Dan, acusando los impactos en el pecho y en el vientre.

Burns se arrojó de un salto por la ventana, partiendo los listones y quebrando los cristales con su ruido característico.

Cayó sobre el tejado del taller mecánico instalado en la parte posterior del edificio. Luego rodó por el plano inclinado, aferrándose con ambas manos en el alero antes de dejarse caer al suelo de la calleja posterior.

Percibió los secos chasquidos de las pistolas, al tiempo que caía. Dobló las piernas y corrió a paso de lobo por la calleja.

Un momento después, percibía el gemido del motor.

No encontró ninguna puerta ni ventana abierta donde colarse y corrió hacia un zaguán cercano, más profundo, más profundo que los otros.

Había una mujer allí. Una mujer de edad media, vestida de negro.

—Hola, encanto —sonrió ella de una manera provocativa—. ¿Te sientes muy solo? Yo puedo hacer que lo olvides todo.

Dan fue a replicar airadamente. Aquella mujer era, en realidad una ruina humana, como su antigua novia.

En ese momento enfilaron la calle las saetas luminosas de los faros del coche. Los hampones de Dayvil iniciaban la búsqueda, la caza del hombre. Y él era la pieza por cobrar.

Cambió de idea. Abrazó con fuerza a la mujer y la oprimió contra sí.

—Claro que sí, preciosa —murmuró—. Tú puedes ayudarme a olvidarlo todo.

El coche avanzó despacio por el callejón, escrutando sus ocupantes con singular atención cada lugar donde un hombre podía ocultarse.

Se inclinó sobre ella y la besó con fuerza cuando el vehículo empezó a cruzar junto al zaguán, dándoles la espalda. Se exponía a que lo reconociesen, a pesar de todo. Entonces, no habría salvación para él. Los hampones lo acribillarían por la espalda. Pero era la única carta que le quedaba en aquel juego peligroso, donde la apuesta era su propia vida.

Percibió las risitas maliciosas de los hampones al descubrirlos. Y permaneció besando los pringosos labios de la mujer hasta que el coche alcanzó el final de la calleja y torció a la derecha, tras una breve vacilación.

Entonces separóse de ella, limpiándose los labios con un gesto de repugnancia. El aliento de la mujer apeataba a *whisky* y a guisote barato.

Le entregó diez dólares.

—Toma esto, guapa. Gracias a ti he podido olvidar por un momento la cita que tenía con una dama.

—¿Sí? ¿Qué dama es ésa?

—Una señora a la que llaman Muerte.

Se alejó con rapidez en dirección opuesta a la que había seguido el coche, alcanzando sin novedad el apartamento de Roger.

Llamó al *sheriff* desde un teléfono público, próximo a la casa.

—Escuche, Gable —dijo, después de los saludos de rigor—. Creo

que he descubierto el cadáver de Robert Stone.

—¿Qué diablos está diciendo, Dan? —bramó el *sheriff*.

—Lo que ha oído. Alguien le endosó tres balazos, arrojándolo después al mar.

—Pero eso es imposible —masculló Gable—. Acabo de hablar con Robert Stone. Lo he llamado por teléfono apenas hace cinco minutos para cerciorarme de que todo continuaba bien.

—¡Demonios! —exclamó el periodista—. Todo esto es muy extraño.

Le explicó a continuación lo sucedido desde su llegada a la Punta del Diablo.

—Sí que es extraño —rezongó el *sheriff*, después de escuchar su narración de los hechos—. Aunque debe haber mucha gente cuyas iniciales coincidan con las de Robert Stone.

—Quizá tenga razón. ¿Se ha fijado si el Robert Stone que usted conoce tiene algún detalle especial que lo identifique fácilmente? Usted entiende lo que quiero decirle.

—Claro. Robert Stone tiene una verruga negra en su mejilla izquierda, cerca de la nariz.

—Correcto. Encárguese de que ese cadáver sea llevado al Depósito y también el de Dick Coniff.

—Oiga, Dan. Tenga mucho cuidado. No sé con certeza por qué se ha echado encima a Dayvil; pero sí conozco los métodos de este hampón. Es muy peligroso.

—Creo que dentro de muy poco podré aclararle todo este embrollo.

Colgó seguidamente, estableciendo contacto con la Redacción del «San Francisco Herald». Acto seguido subió al apartamento y se tumbó en el camastro de Roger, esperando su llegada. El cansancio lo sumió en un sueño profundo y cuando despertó el nuevo día empezaba ya a clarear.

Le extrañó que Roger no estuviese de regreso. Eso podía implicar que habían surgido contratiempos. Quizá Roger había sido sorprendido por la policía. Si era así, trataría por todos los medios de librarlo, sin revelar al *sheriff* aún los motivos de todo aquello. Porque no quería pensar en una traición por parte del ladrón de cajas fuertes.

Dan se presentó en el edificio donde Virgie había tenido su

apartamento, montó en su «Ford», que aún permanecía aparcado allí, y acudió al «Majestic».

Clark Honey lo recibió con una furibunda mirada y un seco saludo.

—¿Qué diablos le ocurre, jefe?

—Muchas cosas. Y no me llame jefe. Me molesta esa palabra.

—Como quiera, jefe.

Honey contuvo con un esfuerzo las palabrotas que pugnaban por brotar de sus labios.

—Anoche me robaron mi coche y esta mañana me han despertado muy temprano para entregarme un sobre que viene consignado a su nombre.

—Es del periódico. Un informe de trascendental importancia para descubrir al asesino de Richard Carpen y compañía. Le pedí que lo enviasen en el avión de la noche y fuese traído aquí con la mayor rapidez. ¿Encontró ya su coche?

—Desde luego. La policía me avisó esta madrugada. El ladrón se bebió mi coñac «Napoleón».

—Bueno; también le llegó su Waterloo —sonrió Dan—. Y no piense mal de ese hombre que lo hizo. Es posible que lo estuviese necesitando.

Rasgó el abultado sobre que Honey le entregó, examinando atentamente su contenido. Varias fotografías amarillentas ya por el paso de los años y unas extensas notas extraídas de los archivos del periódico. Guardó todo en un bolsillo, volviéndose a Honey para decirle:

—Tengo la clave del enigma. Dentro de un momento va a llevarse a efecto la detención del asesino. ¿Quiere acompañarnos o prefiere enterarse de todo a través de mi artículo en el periódico? El «San Francisco Herald» tiene la exclusiva de este caso.

Honey lo miró con estupor. El dinamismo de Dan le aturdía.

—Voy con usted —dijo al fin—. ¿Cree que ese hombre puede aclararnos algo respecto al paradero de las pruebas conseguidas por Carpen?

—En absoluto. Ese hombre no sabe nada de eso. Son dos asuntos completamente distintos, y sin más ligazón entre sí que el hecho de habernos fastidiado con su idea de acabar con el exagente federal, esas pruebas habrían ido a parar a las manos de Dayvil. Es lo único

bueno que ha conseguido este hombre cruel y vengativo.

Pero las pruebas no tardarán en estar en mi poder. Entonces, Dayvil bailará en la cuerda floja.

—¿Sabe dónde se encuentran?

—No es seguro, puedo estar equivocado, aunque me atrevería a poner la mano sobre el fuego. El mismo hombre que le quitó anoche su «Cadillac» y se bebió su coñac «Napoleón» las debe tener ahora en su poder.

—Pero... Explíquese mejor, Dan. Todo esto es chino para mí.

—Aprenda entonces el idioma de Fú-Manchú. Se lo explicaré más tarde. Ahora me espera otro trabajo.

Fueron juntos en el coche de Dan hasta la comisaría.

El *sheriff* estaba en su despacho, manteniendo en sus facciones una expresión de contrariedad.

—¿Otro crimen, *sheriff*? —inquirió el periodista.

—No. Alguien ha entrado en la casa de Guy Greene. El ladrón se ha llevado la caja de Carpen. No ha tomado nada más. Se ve que era eso su presa. Y me pregunto qué diablos guardaría esa capa de acero. Confieso que no le concedí demasiada importancia cuando la hija de Greene me lo dijo. Debí apresurarme a ir en busca de ella.

—¿No han descubierto al ladrón?

—Nada. Mary Greene creyó haber oído un leve ruido esta noche, cerca ya del amanecer. Pero no volvió a repetirse y se durmió. Luego, al levantarse, vio abierto el cajón de la mesa donde guardaba esa caja, y comprobó que había desaparecido.

—No se inquiete demasiado, Gable —apuntó el periodista—. Yo tengo una idea de este asunto. Ahora provéase de una orden de detención contra Robert Stone.

Vio el gesto de duda del *sheriff*. Y el de Honey, aunque éste había empezado a asombrarse desde el anterior comentario del joven.

—Una orden de detención no puede extenderse si no existe un motivo para hacerlo, Dan.

—Existe ese motivo.

—¿Cuál es?

—Asesinato. Stone es el autor de cuatro asesinatos.

—Pero...

—No pierda el tiempo ahora, *sheriff*. Se lo explicaré todo, en

presencia de ese hombre. En realidad, no es el auténtico Robert Stone.

Gable no insistió, Aquello estaba resultando demasiado embrollado para él. Y estaba seguro de que el periodista no bromeaba. Dan disponía de las pruebas necesarias para corroborar sus palabras.

Se apresuró a obtener lo que el joven le pedía y, antes de haber transcurrido una hora, se hallaban los tres hombres ante la entrada del apartamento de Stone.

El policía de guardia les comunicó que no había la menor novedad, y Store continuaba en su aposento. Pero empezaron a opinar lo contrario al comprobar que nadie respondía a sus repetidas llamadas.

Dan se apresuró a facilitarse su entrada, valiéndose de su juego de llaves maestras.

—Presiento que aquí está ocurriendo, algo grave —comentó.

—Claro; que estamos violentando una morada —masculló el *sheriff*—. A veces pienso que usted es tan peligroso como el propio Dayvil.

—No olvide que un periodista está situado, por su profesión, entre la ley y la delincuencia —sonrió Dan.

El apartamento estaba vacío. La ventana abierta junto a la escalera metálica de emergencia evidenciaba el método empleado por Stone para abandonar el edificio, sin ser advertido por el policía.

—Se ha largado —masculló Gable.

—Esto lo tenía planeado, forma parte de su plan —dijo el periodista con voz tensa—. Quizá para cumplir la última etapa de su venganza. Esto es una coartada.

—¿Coartada? No puede retornar sin ser visto por mi agente. La escalera sólo permite bajar».

—«Claro que puede hacerlo. Le basta con subir en el ascensor hasta una planta más arriba. De ese modo puede alcanzar la escalera por la ventana del descansillo, y el apartamento, sin ser visto. Hemos de localizarlo antes de que sea demasiado tarde».

—¿Cómo saber dónde ha ido?

Dan sacó las fotos y los papeles recibidos del periódico, ofreciendo al *sheriff* uno de ellos.

—Vea esos nombres, y trate de recordar si alguno de esos individuos se encuentra actualmente en Monterrey.

Gable repasó la lista de dieciséis nombres que el periodista le presentaba. Richard Carpen, Leopold y Guy Greene la encabezaban. Y el nombre de Robert Stone también se encontraba allí.

—¿Qué sucede con estos tipos, Dan? —inquirió—. Conozco a algunos de ellos. Todos están en situación de figurar como objetos en mi museo de antigüedades.

—Lo sé. Precise ahora su respuesta. Uno de estos hombres está en peligro de muerte.

—Sólo me es conocido Herbert Wallis; un antiguo contable. Durante muchos años, llevó los libros de Lorne Dayvil.

—Pues hemos de localizarlo antes de que sea demasiado tarde para él.

Mientras el *sheriff* trataba de localizar al antiguo contable, por mediación de la lista telefónica, Dan reparó en la ansiedad del director del periódico.

—¿Le ocurre algo especial, Honey?

—Pues... Bueno; es a propósito de Herbert Wallis. Es un viejo conocido. Trabajó en las oficinas del periódico hace treinta años. Era un buen hombre.

—Ya. ¿Estuvo mucho tiempo?

—Casi cinco años.

—Debieron darle una medalla al mérito en el aguante. Resistir cinco años junto a usted, viéndolo todos los días y escuchando sus asquerosos sermones, es una forma de heroísmo.

—Se equivoca, Dan —replicó el director sin el menor asomo de enfado—. Herbert y yo nos entendíamos bien. Luego dejó aquello para trabajar a las órdenes de Day —vil durante un largo período.

Wallis vivía en las afueras de la ciudad, en una casita de una sola planta, de paredes encaladas y rejas en las ventanas.

Dan, Gable y Honey se apresuraron a presentarse ante la puerta y pulsar el botón del zumbador.

Al hacerlo, comprobaron que la puerta cedía a la leve presión ejercida sobre ella.

Entraron.

La muerte había hecho ya acto de presencia. La hora de la venganza había sonado para Herbert Wallis. Pero él también

habíase vengado a su vez.

Su cuerpo se hallaba tendido en el centro del amplio vestíbulo de la vieja casa, sobre un charco de su propia sangre. Dos balazos en el pecho habían puesto fin a su vida.

Cerca de él se encontraba otro hombre, de rígidas facciones.

—Es Robert Stone —exclamó el *sheriff*.

—No lo es, *sheriff* —repuso Dan—. Robert Stone es el hombre cuyo cadáver apareció en el mar. Éste es Alfred O'Hara, un antiguo «gángster» de San Francisco.

—Demonios —bramó Gable—. Es usted desconcertante. ¿Qué significa esa lista de nombres que usted me enseñó antes?

—Este hombre no está muerto —dijo el policía de uniforme que los acompañaba, señalando a O'Hara.

—Bien. Avise a una ambulancia. Es necesario que nos aclare muchas cosas.

—Las cosas están claras ya, *sheriff* —respondió Dan—. Esos hombres que figuran en la lista son los intérpretes de un sensacional proceso celebrado en San Francisco hace treinta años. Ya le he dicho quién es este individuo, en realidad. Empezó desde abajo, y en verdad llegó muy alto. Estuvo a punto de controlar el hampa de toda California. Richard Carpen, entonces un brillante agente federal, lo perdió cuando ya estaba a punto de conseguir sus fines. Entonces fue sentenciado a treinta años de reclusión, que ha cumplido en Alcatraz. Su libertad coincidió con la clausura de esta prisión.

—Me parece que empiezo a comprender —siseó— el *sheriff*. — Esos dieciséis nombres corresponden al agente federal que lo detuvo, al juez que lo juzgó, al fiscal acusador, al testigo de cargo y a los doce miembros del jurado que intervinieron en la causa seguida contra él.

—Exacto, Gable.

O'Hara

juró vengarse de ellos. Y no profirió en vano su amenaza. Durante los treinta años de prisión, su rencor, su odio, se mantuvo vivo en su espíritu. Quizá ese mismo odio le permitió soportar mejor los rigores del encierro. —Se dio la circunstancia de que Carpen, el juez, Greene y el testigo de cargo residían en Monterrey en la actualidad, y decidió empezar con ellos su venganza. Supongo que

muchos de los hombres que formaron el jurado habrán muerto ya en estos últimos años. O'Hara ha procedido de acuerdo con los métodos que empleaba en sus buenos tiempos para aniquilar a quienes le estorbaban. Robert Stone residía en San Francisco, y O'Hara

se las arregló para hacerle venir a Monterrey y buscarse así su coartada. Le dijo a usted que había recibido una llamada similar a las efectuadas con Carpen y los otros. El propio policía destinado por usted para protegerlo podía testificar que no había abandonado su casa un solo momento. Hoy ha repetido la suerte. Sin embargo, parece que algo le ha fallado. Quizá porque Wallis trabajó con hampones durante largos años, y no se tomó las cosas a broma, como los otros.

—Asombroso —exclamó Gable—. ¿Cómo pudo sospechar la verdad? Confieso que yo estaba desconcertado.

—Usted está siempre desconcertado. Y no se sulfure. Soy un contribuyente, y tengo derecho a decir esto y protestar si las autoridades nos colocan un *sheriff* de saldo por el precio de uno bueno. Empecé a sospechar la verdad ante los métodos empleados para acabar con sus víctimas y también por la personalidad de éstas. Entonces pedí informes al archivo del periódico acerca de alguna causa celebrada en los tiempos en que Carpen era agente federal; una causa en la que hubiesen intervenido los tres hombres asesinados. Lo comprendí todo al tener la respuesta. La verruga negra en la mejilla de Alfred O'Hara lo delata.

Oyeron la seca risita de O'Hara, que erguía entonces su cabeza. Una risita escalofriante.

—Lo ha oído todo, ¿no, O'Hara? —preguntó el periodista.

—El juez Garden debió sentenciarlo a muerte. Lo merecía. Ahora han tenido que ocurrir demasiadas cosas para que tuviera el fin que ha merecido. Pero no le han salido las cosas como quería. Wallis le ha pagado con su misma moneda.

—Claro. En el fondo, éramos lobos de la misma camada. Me estaba esperando. Creo que incluso sospechaba ya toda la verdad. Pero él ha caído antes que yo, me ha precedido en el viaje a la eternidad, y es suficiente para que muera satisfecho.

—Comprendo.

—Él era el peor, ¿sabe, periodista? Fue quien me delató a

Richard Carpen. Pero no lo hizo por espíritu de ciudadanía, sino porque alguien le pagó para que procediese de esa manera. Alguien que necesitaba eliminarme entonces de la escena para ocupar mi puesto. El mismo que lo envió junto a Dayvil, y continúa dirigiendo la organización desde las sombras.

—¿Sabe quién es ese hombre?

—De haberlo sabido, él hubiese sido el primero en probar el sabor de mis balas.

La ambulancia llegó poco después. Pero ya todo estaba consumado para Alfred O'Hara. El hombre iría a parar directamente al Depósito de Cadáveres del Hospital.

El joven detuvo el coche frente al «Majestic».

—¿Qué piensa hacer ahora, Dan? —preguntó el director.

—Voy al encuentro del compañero, que ya tiene en su poder las pruebas contra Lorne Dayvil.

—Quiero acompañarlo.

—Nada de eso. Voy yo solo.

—Escuche, Dan. Soy el director y...

—No importa, jefe. Este asunto lo llevo yo, y continuaré llevándolo de la forma que me parezca más conveniente. Lo dejaría venir conmigo si supiera que los hampones de Dayvil están al acecho y tienen el propósito de acribillar mi coche. Pero no creo que eso ocurra.

—De acuerdo —masculló Honey, apeándose de mala gana al comprender que no podría persuadir al joven—. Pero quiero verlo todo antes que nadie. Al fin y al cabo, por una causa o por otra, fue a mí a quien Carpen ofreció su mercancía.

—Confórmese con la exclusiva, jefe. Porque esas pruebas irán a parar a la policía federal, antes de nada. Para entonces, yo habré preparado unos cuantos artículos estupendos. En medio de todo, es eso todo cuanto le interesa, ¿no?

Honey se limitó a sonreír esta vez. Pero era la suya una sonrisa falsa, de sutil ironía.

## CAPÍTULO VII

Dan se presentó seguidamente en el apartamento de Roger Morris.

El ladrón se hallaba tumbado con indolencia en su camastro.

—Hola, Roger. Ya me he enterado del éxito de tu empresa.

—¿Quién te lo dijo, compañero?

—El *sheriff*.

Morris se atragantó.

—Lagarto, lagarto. ¿Has hablado de esto con ese lebrele?

—No, cómo piensas —sonrió el periodista—. Él me informó a mí, pero yo no lo hice así con él.

—Entiendo. El periodista ha sido él, en esta ocasión.

—Exacto. ¿Dónde está esa caja?

—Aquí.

Roger la sacó de debajo de la cama. Una caja de acero, cuadrada.

Dan la miró con el mismo interés con que examina un experto una obra de arte.

—Aquí debe encontrarse el peso suficiente para hundir a Lorne Dayvil.

—Desde luego. Le, va a ser muy difícil, esta vez, dejar el lastre.

—Bien. ¿Cuánto calculas que tardarás en vencer la resistencia de esta cerradura?

—Diez minutos y treinta y dos segundos exactamente —replicó Roger, sonriendo de un modo enigmático.

—Intenta batir tu propio récord, Roger.

—Escucha, compañero...

Callaron al captar unas pisadas en la escalera.

Dan se acercó a la puerta. En ese momento, ésta se abrió con un golpe seco, contundente, apareciendo en el vano dos hampones de Dayvil, que les encañonaron con sus pistolas.

—Parece que hemos llegado a tiempo —masculló uno de ellos, avanzando hacia Dan, que retenía la caja entre sus manos.

Se la arrebató de un tirón, colocándola bajo su brazo izquierdo.

—¿Cómo han podido encontrarme aquí?

—Ha sido fácil. Dayvil ordenó vigilar su coche.

—¿Y cómo no me acribillaron cuando vine a buscarlo?

—No, amigo —sonrió el otro—. Dayvil se enteró de que usted conocía ya el escondite de las cosas de Carpen. Entonces ordenó seguirlo y sorprenderlo en el momento oportuno.

—Entiendo. Es listo, ese condenado. Y me gustaría saber quién le explicó lo del escondite.

—Fue el propio jefe.

Uno de los hampones preparó el silenciador en su pistola mientras el otro les apuntaba. Al acabar, hizo una señal a su compañero, que asintió. Seguidamente, se dispuso a abandonar el apartamento.

—Ya sabes las órdenes, Bill —dijo, antes de alejarse—. Líquidalos y déjalos aquí. Cierra con llave. Es mejor cuanto más tiempo tarden en descubrirlos. El *sheriff* no ve más allá de sus narices. Luego debes dirigirte ya a la casa directamente. El embarque se efectuará al caer la noche. Yo voy a buscar antes a Lorne.

—De acuerdo.

Dan miró con rabia mal contenida al hampón que se alejaba con la caja. Todo aquello, al fin, no había serado para nada. Tenía una remota esperanza de poder escapar de las garras de la muerte. Lo intentaría, al menos. Pero ya no podría impedir que aquellas pruebas fuesen a poder de Dayvil. Y el hampón se apresuraría a destruirlas.

Miró a Roger de soslayo, y éste le respondió con una leve seña, que el periodista entendió.

Morris, situado junto a la cama, saltó de súbito de espaldas sobre ella, dando una rápida vuelta sobre sí mismo para dejarse caer al otro lado.

El hampón disparó contra él.

El seco chasquido de la pistola coincidió con la vertiginosa acción de Dan. El periodista se volvió dinamismo puro, consciente de todo lo que dependía en ese momento de él.

Empuñó una de las destartalladas sillas del dormitorio, arrojándola con fuerza contra el hampón.

El pesado adminículo se estrelló entre el hombro y la cabeza del hombre, quebrándose y haciéndole trastrabillar.

Dan se arrojó seguidamente sobre él, atenazándole la mano armada.

Forcejearon breves instantes. Hasta que Roger se incorporó con presteza, asestando un culatazo en el occipital del hampón, que se desplomó como un toro apuntillado.

Dan lo examinó.

—Está muerto —dijo—. Le has atizado demasiado fuerte.

—¿No será que este idiota tenía la cabeza demasiado blanda?

—Bien. Asunto concluido.

—Por unos momentos llegué a pensar que no la contaríamos.

—Hemos salvado un mal paso, pero sin adelantar nada —masculó Dan—. No es asunto concluido, ni mucho menos. Lorne se ha hecho con las pruebas. Virgie continúa en su poder, y dentro de muy poco habremos perdido toda esperanza de rescatarla. A ella y a su padre. Has oído a ese bergante. Al parecer, van a embarcarlos esta misma noche. Falta poco ya para que anochezca. La única esperanza estriba en dar la voz de alarma y que todos los patrulleros recorran el litoral. Pero es muy problemático el resultado.

—No hace falta eso, Dan —replicó el ladrón—. Yo conozco el punto exacto desde el que Dayvil embarcará su mercancía humana.

Dan miró a su compañero con inusitada fijeza. Y se dio cuenta de que le estaba diciendo la verdad.

—Habla, Roger; cuenta lo que sabes. El tiempo apremia.

—He abierto esa caja, muchacho —empezó a decir Morris—. Por eso he podido decirte el tiempo exacto que me llevó el hacerlo. Iba a explicártelo cuando llegaron esos dos lebreles. Carpen lo tenía todo muy ordenado. Cada caso en su sobre, con el nombre de la víctima escrita en él. Y un montón de valores al portador. Una auténtica fortuna, Dan. Me limité a sacar el sobre consignado a nombre a Virgie, y destruir su contenido. Pero también, por curiosidad, examiné el correspondiente a Lorne Dayvil. Era el más abultado de todos, y contenía, unas cuantas fotos muy interesantes. En una de ellas se veía un edificio en el que todas las ventanas están

enrejadas como si fuese una cárcel. Se encuentra en un lugar de la costa, muy solitario, y su aspecto no puede ser más deprimente. Lleva el nombre de Clínica Rayston, y se dedica, en apariencia, a la rehabilitación de adictos a las drogas. Es la tapadera que Dayvil emplea para su repugnante negocio de trata de blancas y demás. Se halla situado al sur de la Bahía de Monterrey, cerca de un embarcadero particular. En otra de las fotos se ve a un grupo de muchachas emergiendo de la puerta de esa clínica. En todos los rostros hay una misma expresión de cansancio, como si sus espíritus estuviesen ausentes de sus cuerpos. Dan la sensación de cadáveres que poseen aún la facultad de caminar por sí mismos. Luego se las ve avanzando por la playa y subiendo a bordo de una lancha, en ese embarcadero. Dayvil, Hoffman y otros hampones están a ellas. Carpen reunió también unos apuntes explosivos para la seguridad de Dayvil. En la última foto se le ve en su despacho, examinando unos papeles, y al profesor Holliman, junto a él.

Dan asintió con leves gestos.

Aquello estaba demasiado claro para dejar lugar a dudas. Las muchachas eran llevadas a la clínica, seducidas por hombres especializados como el difunto Coniff, drogándolas para que su voluntad quedase anulada. De esa forma, obraban como simples «robots» bajo la influencia de los hampones.

Carpen había cumplido bien su misión. Lástima que se hubiese dejado vencer por la codicia, hasta convertirse en un ser tan depravado como el propio Dayvil.

—Coniff dijo que Virgie accedería a ser llevada junto a su padre hasta un país extranjero, si él era una víctima de Dayvil, pero jamás lo haría, de darse la circunstancia de que el profesor Holliman sea un traidor. Entonces, la venderían junto a esas otras jóvenes. Ellas son vendidas en cualquier país sudamericano, para los burdeles. Trata de blancas; una de las más repugnantes lacras de la civilización moderna. Y el embarque debe efectuarse de un momento a otro. Hay que impedirlo, como sea.

Corrieron abajo.

Dan se acercó al teléfono público, y marcó el número de la habitación de Clark Honey.

—Escuche bien, jefe —dijo al oír la voz de Honey responder a su llamada—. Han ocurrido novedades. Localice usted al *sheriff*, y

póngale al corriente de la situación. No hay tiempo que perder.

Le explicó lo sucedido durante las últimas horas.

—Vamos a intentar entretenerlos —apuntó, al acabar—. Creo que podremos conseguirlo hasta la llegada del *sheriff*. Recuerde que la solución de todo puede estar en sus manos. Nadie más sabe nada de esto.

—De acuerdo.

Colgó, sonriendo de un modo enigmático.

—La carnaza está preparada para que la fiera caiga en la trampa —masculló—. Adelante, Roger. Piense sólo en sus tiempos de combatiente de Corea. Presiento que la lucha va a ser muy dura. Iremos en el coche de ese hampón que ha quedado tieso, arriba. Eso nos permitirá llegar hasta la casa sin ningún contratiempo.

El periodista pisó el acelerador a fondo, tomando las curvas sobre dos ruedas. Se exponían a dejar la cabeza en el camino, pero era la iónica forma de salvar la distancia con el tiempo justo de impedir que las mujeres y Holliman fuesen trasladados a bordo del barco. Éste podía acogerse a puerto mexicano antes que los servicios de guardacostas fuesen alertados y le diesen alcance.

Al fin alcanzaron el edificio, en cuya puerta brillaba una luz.

Estaban seguros de que ojos invisibles habían acechado su llegada. Pero el coche fue una especie de salvoconducto para ellos.

Se apresuraron a desmontar y entrar en el vestíbulo, muy amplio, empuñando sus pistolas.

Hoffman y Tracy, el hombre que conducía el coche en que lo habían trasladado hasta la Punta del Coyote, descendían la amplia escalera de mármol que llevaba al piso inferior. Los dos hampones bajaban para dar instrucciones al recién llegado.

En el mar, cerca de la costa, brillaban las luces de posición de un navío, y una de sus lanchas se dirigía ya a tierra para comenzar la operación de embarque.

Se paralizaron en la mitad del último tramo, al reconocerlos.

—¡Malditos bergantes! —bramó Hoffman, llevando la diestra a la funda axilar, en busca de su arma.

Pero Roger, demostrando que no había perdido sus facultades de antiguo soldado, disparó rápido contra él, perforándole una pierna.

El hampón perdió el equilibrio. Rodó escaleras abajo, hasta el vestíbulo, donde permaneció inmóvil, privado de los sentidos.

Tracy corrió escaleras arriba, gritando como un energúmeno:

—¡Cuidado, Dayvil! ¡Son Roger Morris y ese periodista del diablo!

La bala de Dan le alcanzó en el trasero antes que hubiese acabado de llegar arriba. Una herida poco grave, pero muy dolorosa. Suficiente para eliminarlo de la lucha que se avecinaba.

Claudew apareció de pronto en la parte superior de la escalera, empuñando un ametrallador «Thompson». Enfiló la negra boca del cañón hacia los dos hombres, que se apresuraron a lanzarse en plancha tras la balastrada para guarecerse de la rociada de plomo.

Se elevó el electrizante tableteo del arma automática. Las balas hicieron saltar en añicos unas cuantas baldosas, expandiendo por la atmósfera el enervante olor de la pólvora quemada.

Cuando Claudew aflojó el gatillo, ambos compañeros efectuaron sendos disparos, obligando al hampón a guarecerse en la esquina del corredor que se iniciaba a partir del peldaño superior de la escalera.

Dan se acercó más a su nuevo aliado para susurrarle:

—Voy a tratar de salir afuera y entrar por el tejado. Eso nos permitirá sorprenderlos por la espalda. Están todos arriba, al parecer.

—Vas a arriesgar demasiado, compañero —adujo Roger—. El *sheriff* no tardará en llegar.

—No creo que venga —replicó Dan con enigmática sonrisa—. Cuando oigas llegar un coche, ocúltate mejor, Roger. Esto tenemos que solucionarlo entre los dos exclusivamente. Suerte, compañero.

Otra vez Claudew volvió a rociar de plomo las baldosas. Y otra vez lo hicieron ocultarse con sendos balazos.

Entonces Dan se deslizó sigilosamente hacia la puerta, saliendo afuera antes que el hampón advirtiese la maniobra.

Trepó ágilmente por una de las columnas del porche, hasta alcanzar una ventana. La reja de la misma le sirvió para ganar el tejado con mayor facilidad.

Entró por la lucera, a un cartucho repleto de trastos y cachivaches. Por él alcanzó el corredor a través de una trampilla.

Sintió pisadas en el pasillo. Dos hombres que se dirijan al lugar donde se hallaba Claudew, al otro lado del recodo.

Consideró que no era el momento de hacerles frente. Eso podría

ponerlo a él entre dos fuegos. Si ocurría así, tendría que despedirse de la vida. Y nunca como entonces había deseado tanto vivir.

Manipuló en la puerta más cercana a él de las varias que flanqueaban el corredor. No tenía echada la llave y se coló en su interior, cerrando la puerta tras sí.

Se encontró en un cuarto de regulares dimensiones, desprovisto de muebles y conteniendo un montón de objetos inservibles, tales como camillas, botellas y varios trastos más.

Pegó el oído a la hoja, hasta cerciorarse que los dos hombres cruzaban frente al cuarto sin haberlo descubierto.

Captó el tableteo del ametrallador. Y otras armas sumaron su bronca canción de muerte a la del arma automática.

Dan salió al corredor. Luego se acercó a la esquina con cautela, atisbando desde allí.

Vio a Claudew en el otro extremo, disparando el ametrallador, como un loco.

Detrás de él, Lorne Dayvil y un individuo que llevaba puesta una bata blanca sobre su ropa de calle, dispuestos a lanzarse escaleras abajo para romper la resistencia de Roger. Claudew abriría marcha, barriéndolo todo con su cortina de plomo.

Dan disparó contra el furibundo hampón.

El balazo mordió carne en el brazo de Claudew, arrancándole un aullido. Acto seguido volvió hacia Dan la negra boca del cañón, dispuesto a enviarle una rociada de balas.

Burns se apresuró a ocultarse tras la esquina, a la que las balas del ametrallador arrancaron trozos de yeso y ladrillos. Pero aquel movimiento perdió al pistolero al permitirle a Roger dispararle desde abajo con la mayor precisión.

Claudew acusó, con un violento espasmo, la perforación en su costado. Luego dejó caer su arma y rodó escaleras abajo con estrépito.

Dan captó en ese momento la llegada de un vehículo, que frenó con agudo chirrido de los neumáticos junto a la entrada.

Sonrió. El jefe de la organización acababa de llegar.

Era lo que él había esperado. La solución de todo estaba ahora allí. El problema estribaba en vencer todas las dificultades y solucionarlo a su favor.

Dos hombres entraron en el vestíbulo.

Bramó un arma. Seguidamente se elevó una maldición, que terminó en gemido. Después, el ruido de un cuerpo al desplomarse.

Dan oprimió los labios hasta formar una fina línea. Había reconocido la voz de Morris en la del hombre que había acusado la perforación del plomo.

Dayvil y el doctor Rayston se lanzaron escaleras abajo, al encuentro de los recién llegados.

Entonces el joven se acercó a la esquina del corredor que antes ocupara Claudew.

—¡Honey! —gritó desde allí.

—Dígame, Dan —replicó la voz del director del periódico.

—Celebro que haya venido, que haya mordido el anzuelo.

—¿Cómo supo la verdad que yo soy el jefe de la organización?

—Usted mismo me dio la clave del enigma, como su torpeza. No es precisamente un idiota, pero tampoco tan inteligente como imagina. Cuando Carpen me llamó para comunicarme su proposición, usted sospechó de qué se trataba, y demostró una ansiedad poco común. Lo sabía ya por el propio Dayvil, cabeza visible de su asquerosa organización del crimen. Ahora comprendo que es usted ese enigmático jefe del hampa que Carpen no pudo descubrir hace treinta años.

—Exacto.

—El periódico le permite actuar dentro de los círculos policíacos, lo que le sirve de mucho para eludir la acción de la ley. Usted permitió hacerle la oferta a Richard Carpen, pero manifestó su intención de venir en persona a hacerse cargo de la mercancía. De esa forma tenía la seguridad de hacerse con las pruebas por mediación de Dayvil o personalmente, y se aseguraba su destrucción. No le hubiese sido difícil convencerme luego de que aquello que Carpen le había dado carecía de importancia. Eso fue, al menos, lo que pensó. Después de la muerte de Carpen, se presentó aquí, demostrando su interés excesivo sobre el caso. Algo inaudito en usted. Por eso no me permitió abrir la caja fuerte de Carpen. Sabía que los hombres de Dayvil, que también son los suyos, iban a hacerlo esa misma noche. También por eso prohibió que mencionase para nada a Dayvil en mis artículos. Sólo usted pudo decirle a éste que yo poseía esa llave, antes de que él hablase con Virgie Holliman. Y por eso mandó liquidarme, después de

tenerla en su poder. Pero la verdad no la comprendí hasta oír las revelaciones del difunto Alfred O'Hara. Hasta saber que Wallis había pasado de la oficina del periódico al servicio de Dayvil. Ese hombre declaró contra O'Hara, instigado por usted. Así eliminó al único obstáculo serio que se interponía entonces entre usted y su ambición.

—Muy inteligente, Dan. Pero no va a servirle de nada. No podrá escapar de aquí con vida, y todo seguirá igual que antes. Debió avisar directamente al *sheriff*, en lugar de decírmelo a mí.

—Tenía que hacerlo así para obligarle a descubrirse. No había la menor prueba contra usted. Ninguna, que sirviese para acusarle ante un Tribunal, ¿comprende? Sólo así usted tendría la seguridad de que nadie iba a poner su juego sucio al descubierto, y se atrevería a venir.

—Y es lo que va a ocurrir, Dan; que nadie va a poner mi juego al descubierto. No hay escape para usted, cuatro contra uno. Rayston, Lorne, Bill y yo.

—Eso está por ver, jefe. ¿Qué me dice del profesor Holliman?

—Hace mucho tiempo el profesor y yo estamos de acuerdo. Sus secretos nos han proporcionado buenas ganancias en otros países. Últimamente, las cosas se pusieron mal. El F.B.I., empezó a sospechar sus actividades. Entonces pensó refugiarse en el mismo país que mejor pagó sus secretos, y trabajar para ellos. Su oferta ha sido aceptada, y esta noche emprenderá la marcha hacia su nuevo destino. Son muchas las vejaciones que Holliman ha sufrido de nuestro Gobierno. Inventos rechazados o supervisados por hombres a los que concedían más confianza que a él. Eso lastimó su amor propio, y le impulsó a volverles la espalda. Pero Carpen consiguió pruebas también contra él, y para evitarse una sangría se refugió aquí, desapareciendo ante el mundo hasta este momento.

—Comprendo —replicó Dan—. El profesor Holliman es un traidor. Un excesivo amor propio engendró su egolatría, pero esto no es suficiente disculpa para traicionar a su país. Un rudo golpe para Virgie.

—Claro. Ella lo ha despreciado ya. Ahora se encuentra con las jóvenes que serán llevadas a Sudamérica.

Se crisparon los puños de Dan Burns.

Roger Morris había sucumbido, y la situación se ponía muy

difícil para él. Pero no había que pensar en rendirse.

Retrocedió lentamente, hasta el cuarto que acababa de abandonar. Allí había visto algo que podía servirle para cambiar las tornas del asunto.

Oyó la voz de Honey dando instrucciones a los hombres.

La lancha había llegado ya al embarcadero, y la operación iba a empezar. El doctor Rayston y el hampón Bill lo mantendrían a raya mientras el jefe y Dayvil llevaban a las mujeres y a Holliman afuera. Éstas se hallaban abajo, y la operación podía realizarse sin grandes dificultades.

Tomó la botella vacía colocada sobre una vieja mesilla, y examinó la lata que se hallaba entre los trastos.

Sonrió con ferocidad al comprobar que contenía una buena cantidad de gasolina.

Llenó tres partes de la botella, tomó un trozo de trapo y lo colocó sobre la boca, oprimiéndolo con el tapón, de forma que una tira de la tela colgase hacia afuera. El «cocktail Molotov» estaba preparado.

Volvió a la esquina del corredor, encendiendo la tira de tela empapada en gasolina y arrojó la botella al centro del vestíbulo, donde se hallaban los dos hombres encargados de mantenerlo a raya.

La explosión tuvo una especial resonancia entre las paredes de la clínica. Luego, el fuego se esparció, prendiendo en varios puntos.

Percibió los aullidos de los dos hombres alcanzados de lleno por las llamas. Lamentaba que tuviesen un fin tan horrible, pero eran muchas las cosas que dependían de su triunfo.

Corrió escaleras abajo.

Alcanzó el vestíbulo sin novedad, iluminado de una manera dantesca por las ondulantes llamas. Luego se acercó con sigilo a la puerta de la pared lateral, que permanecía abierta.

Adentro resonaban lamentos femeninos. Gemidos de pánico, de angustia, despertados por la explosión y el fuego consiguiente.

—¡Honey! —gritó—. Las cosas han cambiado. Ahora no hay escape para ustedes. Salgan con las manos en alto. No pueden escapar por las ventanas. Las rejas les impiden hacerlo. La policía llegará pronto, atraída por el incendio, antes de que puedan eliminarme. Soy yo quien domina ahora la situación, cubriendo esta

puerta.

Nadie respondió a sus palabras, y se dispuso a entrar en la sala.

Antes que lo hiciese, apareció Honey en el vano, oprimiendo a Virgie Holliman contra sí con el brazo izquierdo, mientras aplicaba el cañón de una pistola a la sien de la joven. Le seguía Dayvil, con el semblante tan descompuesto como el de su jefe.

—No intente nada o le vuelo la cabeza a esta mujer —barbotó Honey—. Me consta que usted tiene mucho interés por ella. Dayvil y yo vamos a embarcar. Es lo único que nos queda por hacer ahora.

Dan se mantuvo inmóvil.

Era difícil reconocer en aquel sujeto de rostro lívido y expresión demoníaca al elegante director del «San Francisco Herald». Pero era evidente que estaba dispuesto a llevar adelante su amenaza, y no podía exponer a Virgie a un riesgo semejante.

Se fijó en la muchacha.

Tenía revuelto el cabello pelirrojo y la ropa desaliñada. Los efectos de la droga que le habían suministrado habían cedido casi del todo, manifestándose en la dilación de sus pupilas y el gesto ligeramente ausente de su rostro.

Les llegó el estridente aullido de la sirena de un coche patrullero. El fuego había despertado la alarma, y la policía no tardaría en presentarse allí.

Aquello espoleó al jefe del hampa, que obligó a Virgie a caminar aprisa hasta el porche, seguido a cierta distancia por Dan.

Cuando el periodista alcanzó el porche, la sirena sonaba ya muy cerca. No podrían alcanzar el embarcadero antes de su llegada, pero sí podrían escapar mientras retuviesen a su rehén.

Virgie se dio perfecta cuenta de lo que ocurría, a pesar del aturdimiento producido por la troga. Y reaccionó de pronto. Propinó un codazo al estómago de Honey, al tiempo que se dejaba caer al suelo con rapidez.

Los hampones se encontraron así sin protección durante una fracción de segundo. Y cuando pretendieron dominar de nuevo la situación, ya era demasiado tarde.

Las balas partieron de la pistola de Dan, mordiendo las carnes de los dos hombres.

Ninguno de los dos recibieron heridas de gravedad, pero ambos habían llegado al fin de sus carreras criminales.

Dan se encontró de pronto abrazado a Virgie, acariciando su espalda, besando sus labios y prodigándole frases de consuelo. Y esta vez sí que ella correspondía a sus caricias.

—Es horrible, Dan —susurró ella—. Mi padre...

—Lo sé todo, Virgie. Nadie puede reprocharte nada. Al contrario.

—Jamás estuve enamorada de Coniff —agregó ella, sollozando tenuemente—. Estaba hastiada de una vida de rutina, sin nadie que me prodigase unas frases de amistad sincera, con un padre que jamás se ocupó de mí y que, además... Yo sospechaba sus actividades, pero me resistía a creerlo un traidor. Quizá por eso me sedujo la idea de ser la esposa del dueño de una cadena de tiendas. Me di cuenta de mi error, de que estaba engañándome a mí misma, cuando supe lo que es el verdadero amor.

En ese momento restalló un arma en uno de los cuartos bajos de la casa.

Se miraron en silencio. Luego, Dan corría adelante, hacia el cuarto contiguo al ocupado por las muchachas, donde había bramado el arma.

El profesor Holliman yacía sobre la alfombra, empuñando un revólver humeante aún en su mano diestra y con un siniestro orificio en su sien del mismo lado. Sobre la mesilla, un portafolios conteniendo todo cuanto pensaba llevarse al país por el que había traicionado al suyo propio.

Dan llevó a la joven afuera.

—No entres, Virgie. Tu padre no ha tenido valor para enfrentarse a las consecuencias.

—Sí. Y pensar que te traicioné a ti sólo por la esperanza de conseguir su redención. Debes despreciarme por eso.

—No digas tonterías, Virgie. Si yo te dijese lo que fue mi padre...

—¿Qué?

—Es una historia muy larga. Sólo te diré el fin que tuvo. Apostó a que se bebía una botella de *whisky* sin tomarse un respiro. Ganó la apuesta, pero no pudo cobrarla. Dejó de respirar del todo seguidamente.

Se acercaron a Roger, que había recobrado el conocimiento. Estaba herido de cierta gravedad, pero una rápida intervención

quirúrgica podía salvarlo.

—Eres terrible, Dan —murmuró el herido—. Muchos se dan con un canto en los dientes por poder matar dos pájaros de un tiro. Tú has liquidado a cuatro. Richard Carpen, O'Hara, tu querido Jefe y Dayvil.

Sintieron la llegada del coche patrullero. Los chirridos de los frenos, los ruidos de las portezuelas y las pisadas de los policías.

—Pronto vendrá una ambulancia y en unos días estarás como nuevo, Roger —dijo el periodista—. Esas muchachas serán conducidas al hospital. La mayor parte de ellas tienen adquirido el hábito de las drogas, y serán sometidas a un tratamiento de desintoxicación. Luego podrán reincorporarse a la vida, libres de esa repugnante lacra. Ahora ya no necesitamos las pruebas de Carpen para perder a estos granujas.

Los policías irrumpieron en el vestíbulo, y el joven los puso rápidamente al corriente de la situación.

Después, mientras ellos se encargaban de avisar a la ambulancia y a los bomberos, esposar a los hampones y sacar a las muchachas, Dan se volvió a la joven:

—La lancha ha abandonado el embarcadero, pero los guardacostas no tardarán en echarles el guante.

Besó los rojos labios de Virgie, que se le ofrecían, tentadores.

La joven lo necesitaba ahora más que nunca. No iba a faltarle, en un momento tan crítico para ella. Ni nunca más. Sus destinos correrían juntos, en adelante, hasta el fin de sus vidas. Ella sufriría mucho a causa de la traición de su padre in los próximos meses, pero el paso de los mismos traería el olvido, y al fin alcanzaría en toda plenitud la felicidad que ahora presentía.

Mientras Virgie le devolvía la caricia, pensó que no eran cuatro como había dicho Roger, sino cinco los pájaros que había conseguido matar de un solo tiro. Porque haber ganado el amor de una mujer como Virgie Holliman era otro triunfo.

—Apuesto doble contra sencillo a que esto acaba en boda —ironizó Roger.

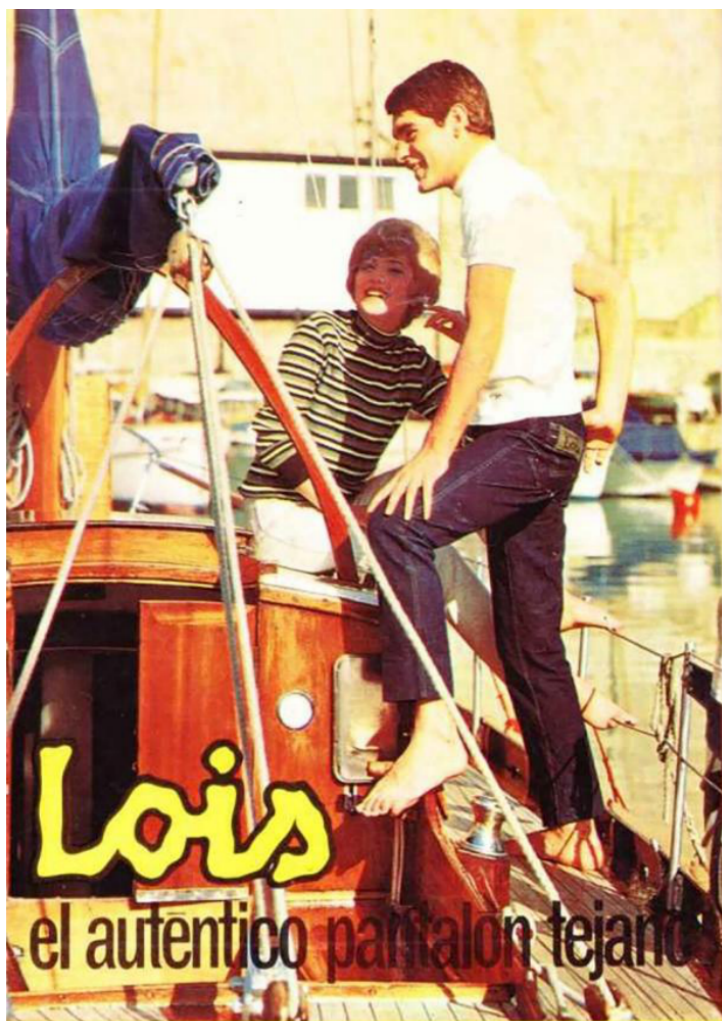
—Y yo apuesto también doble contra sencillo a que el padrino de esa boda es un hombre llamado Roger Morris, alias el «Abrelatas». El amigo más fiel que pueda encontrarse.

—Bueno —sonrió el ladrón—. Eso me obliga en cierto modo a

tener algunas consideraciones con vosotros. Tenéis que decirme en qué Banco pensáis depositar vuestros ahorros. Es la mejor garantía de que su caja fuerte no recibirá jamás una visita mía.

FIN





# Lois

## el autentico pañalon tejano



**EDITORIAL BRUGUERA, S.A.**

MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

**PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.**

